

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 940.

Administración general, passage Sautner, número 4, en París.

SUMARIO.

La defensa de París; grabado. — Las relaciones por parlamentarios entre el ejército francés y el prusiano. — Episodios históricos. — El almirante Fleuriot de Langle; grabado. — Esqueleto de un mercedador encontrado en un campo de coles; grabado. — Un « gourbi » prusiano; grabado. — Revista de París. — Poesía. — El bombardeo de París. — Las fortificaciones; grabado. — El bastardo. — Escenas de la vida inglesa. — Los primeros destrozos del bombardeo; grabados. — Los mártires de la independencia nacional; grabado. — De Villahermosa á la China. — Ambulancias ú hospital de sangre en la Iglesia de la Trinidad; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

La defensa de París.

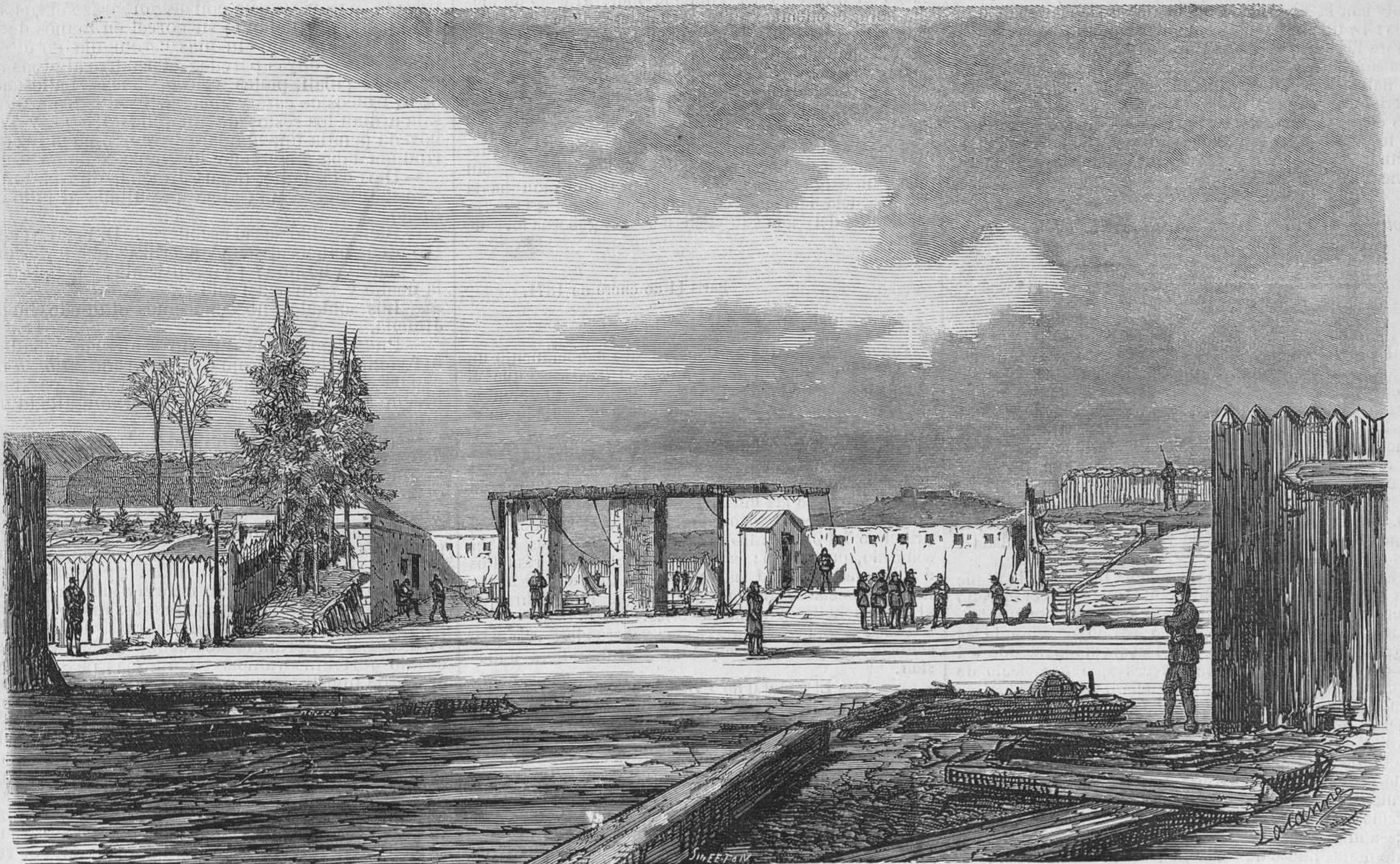
ASPECTO ACTUAL DE LA PUERTA DE LA AVENIDA UHRICH.

En nuestro último número hemos hablado de las devastaciones que han exigido la defensa de París y el frío tan rigoroso de este invierno, en el bosque de Vincennes y en el de Boulogne; y el dibujo que publicamos hoy y que representa la puerta de la avenida Uhrich, que fué en otro tiempo la avenida de la Emperatriz, pondrá á la vista de nuestros lectores lo que la

guerra y el sitio han hecho de la ciudad, que con orgullo y razón se llamaba una de las mas hermosas del mundo.

La puerta Uhrich no es otra cosa en el dia, como todas las demás de París, que una verdadera ciudadela, y en cuanto al bosque de Boulogne, va disminuyendo diariamente por causa de las dolorosas necesidades del sitio. En los primeros dias se dieron órdenes para cortar el bosque en todo el perímetro de la zona militar y desde entonces, por las razones que hemos, dicho el corte continúa.

H. V.



DEFENSA DE PARIS. — Aspecto actual de la puerta de la avenida Uhrich.

Las relaciones por parlamentarios

ENTRE EL EJÉRCITO FRANCÉS Y EL PRUSIANO.

El 27 de diciembre de 1870 el conde de Bismark dirigió á M. Washburne, ministro de los Estados Unidos para que la comunicara á M. Julio Favre, ministro de Negocios extranjeros, la nota siguiente :

Versalles 25 de setiembre de 1870.

Señor ministro, resulta de una relacion oficial, dirigida á la autoridad militar, que el 23 de este mes los soldados franceses han hecho fuego sobre el oficial alemán encargado de entregar las cartas á las avanzadas enemigas en el momento mismo en que se disponia á abandonar el puente de Sevres y mientras que las banderas parlamentarias estaban desplegadas por una y otra parte.

Al principio de la guerra nuestros oficiales y los trompetas que los acompañaban, han sido á menudo víctimas del desprecio de las tropas francesas hácia los derechos parlamentarios, siendo necesario renunciar á toda comunicacion de este género, por no exponer á nuestros soldados á los peligros que parecen inseparables de ellos.

Desde hace algun tiempo se creia mas observado el derecho de gentes universalmente reconocido, pudiendo ser posible el tener relaciones regulares con Paris, establecidas sobre todo para facilitar los despachos de vuestra legacion.

El hecho del 23 demuestra claramente que nuestros parlamentarios no están seguros al alcance del fusil de los soldados franceses, y nos veremos obligados á renunciar al cambio de comunicaciones con el enemigo, á menos que se nos den serias garantías contra la vuelta de agresiones semejantes.

Os ruego por consiguiente, señor ministro, el tener á bien informar á M. Julio Favre de lo que ha pasado el 23 de diciembre corriente, é insistir sobre medidas severas por infracciones que no podemos admitir mas tiempo en el interés de nuestros soldados. Si el gobierno de la defensa nacional desea continuar en el porvenir las comunicaciones por parlamentarios, no vacilará en reconocer las justicia de nuestras reclamaciones, y ordenar un informe sobre los hechos de que nos quejamos, castigando á los culpables.

Hasta que nos envíe sobre este particular una comunicacion satisfactoria, conteniendo garantías para el porvenir, estamos obligados á suspender las relaciones que no son admisibles sino bajo la proteccion ofrecida por la observacion mas concienzuda de las reglas del derecho de guerra internacional.

Aceptad, señor ministro, la seguridad de mi alta consideracion.

DE BISMARCK.

El 2 de enero el gobernador de Paris respondió á esta nota con la exposicion siguiente, á la cual iban unidos: 1º Una nota del general Dumoulin, que manda sobre los sitios marcados, haciendo conocer los resultados negativos del rigoroso informe que el gobernador le habia prescrito. 2º Una declaracion del capitán de Herisson, agregado al Estado mayor general, indicando las circunstancias en las cuales habia sido sometido á la fusileria de las avanzadas prusianas, cuando el 3 de octubre acompañaba, como parlamentario al general americano Burnside.

Nota para el señor ministro de Negocios extranjeros.

Paris 2 de enero de 1871.

El gobernador se ha apresurado á prescribir al oficial general que manda en Neuilly el hacer un informe rigoroso sobre la circunstancia, señalada por el señor conde de Bismark, de que los soldados franceses habian tirado sobre el oficial alemán encargado de remitir cartas, como parlamentario, á nuestras avanzadas del puente de Sevres el 23 de diciembre último. Resulta de la relacion que incluimos del general Dumoulin, que el hecho tan sentido de que se queja el señor conde de Bismark, no ha podido ser afirmado por ningun testigo. En el caso de que hubiera sido de otra manera, la represion hubiera sido hecha y plena satisfaccion dada á las reclamaciones.

El gobernador de Paris da mucha importancia á que las relaciones que puedan establecerse entre el ejército alemán y el ejército francés, por via de parlamentarios, sean regidas por la mas exacta y leal observacion de las leyes de la guerra. Nada ha descuidado para que así fuera; pero sucede algunas veces que por efecto de equivocaciones ó por ininteligencia de los soldados, se producen accidentes de esta clase. Las dos piezas anexas prueban que no son exclusivos del ejército francés y que muchas veces los soldados prusianos han hecho fuego mientras que las banderas parlamentarias flotaban por las dos partes, despues de cumplidas las formalidades de costumbre. A los ejemplos citados añadiremos el del teniente de navío Brunet, ayudante del vice-almirante de La Ronciere, que parlamentando delante de las líneas de Saint-Denis se le ha hecho fuego

por un soldado prusiano, circunstancia por la cual se vió obligado el oficial superior alemán que mandaba en aquellos sitios, á dirigirle las excusas mas cordiales.

Hemos considerado siempre estos actos aislados como inevitables, á pesar de las precauciones mas minuciosas, y nunca el gobernador ha tenido la idea de imputarlas por parte del enemigo á una resolucio tomada, y todavia menos á la insuficiencia de la disciplina, cuya solidez reconoce en el ejército prusiano.

General Trochu.

El 5 de enero el señor conde de Bismark daba á esta nota, por medio del ministro de los Estados Unidos, una respuesta anunciando que las relaciones parlamentarias podian seguirse.

El 11 de enero el capitán de Herisson, del Estado mayor general, se presentaba como parlamentario para hacer entregar al Estado mayor general prusiano, la siguiente declaracion del gobernador de Paris.

Declaracion del gobernador de Paris al señor general conde de Moltke, jefe de Estado mayor de los ejércitos alemanes.

Desde que el ejército alemán ha abierto el fuego de sus baterías en el Sur de Paris, gran número de obuses han caido sobre establecimientos hospitalarios consagrados en todos tiempos á la asistencia pública, tales como la Salpetriere, el Val-de-Grace, el hospital de la Piedad, el hospital de Bicetre y el hospital de los Enfants-Malades.

La precision del tiro de la artillería y de la persistencia con que los proyectiles llegan á una direccion y bajo una inclinacion constante, no permiten ya el atribuir á la casualidad los tiros que vienen á herir en los hospitales á las mujeres, los niños, los incurables, los heridos y enfermos que allí se encuentran albergados.

El gobernador de Paris declara solemnemente al señor general conde de Moltke, jefe de Estado mayor general de los ejércitos alemanes, que ninguno de los hospitales de Paris ha sido cambiado de su antigua destinacion, y está pues convencido que conforme al texto de las convenciones internacionales y á las leyes de la moral y de la humanidad, se darán órdenes por la autoridad militar prusiana, que aseguren á estos asilos el respeto que reclaman para ellos las banderas que flotan sobre sus cúpulas.

General Trochu.

Paris 11 de enero de 1871.

El capitán de Herisson, portador de esta declaracion se presentó en el puente de Sevres á las doce del dia con la bandera parlamentaria. Despues de las llamadas de costumbre, la bandera blanca fué igualmente arbolada por el enemigo, pero ningun oficial prusiano avanzó y la batería enemiga de Breteuil no dejó de hacer fuego en direccion del Point-du-Jour. Al cabo de media hora, el enemigo quitó su bandera blanca y el capitán Herisson hizo repetir muchas veces por su trompeta las llamadas de cesar el fuego.

Los centinelas enemigos hicieron fuego sobre él y sobre el comandante Mutel, de los móviles del Aube, y se vió obligado á retirarse sin haber cumplido su mision.

Una vez mas el gobierno ha querido atribuir á equivocaciones los numerosos accidentes de esta clase, sin hacer un cargo de ellos al ejército prusiano, aun hasta en presencia de hechos como los que describe la carta siguiente del general Pelissier al gobernador de Paris:

Paris 11 de enero de 1871.

Señor gobernador:

Tengo el honor de poner en vuestro conocimiento un hecho que demuestra una vez mas el poco caso que el enemigo hace de las leyes de la guerra. El 10 de enero un parlamentario prusiano habiéndose presentado en el puente de Sevres, se dió la orden al 6º sector de cesar el fuego, permaneciendo suspendido desde la una hasta las dos y media; pero el enemigo, aprovechándose de esta interrupcion, redobló la actividad de sus tiros sobre esta parte de las murallas.

El mismo hecho se ha producido otra vez desde el principio del bombardeo, mereciendo tanto mas el ser señalado, cuanto que estamos perfectamente resueltos á permanecer fieles á las leyes de la guerra y al honor militar. Creemos, sin embargo, que es importante que el país se halle instruido de ellos.

Tened á bien aceptar, señor gobernador, la expresion de mi profundo respeto y de mi entera adhesion.

El general de division, comandante superior de la artillería de la orilla derecha,

PELLISSIER.

Resulta del conjunto de estos hechos, que si las relaciones por parlamentarios entre el ejército francés y el ejército prusiano, encuentran dificultades y hasta imposibilidades, como ha sucedido al capitán de Herisson, no pueden ser imputadas al ejército francés. El

gobierno no recrimina; expone solamente de buena fe, los principios conciliadores que presiden, en su modo de ver, los accidentes señalados por las dos partes.

Pide al ejército prusiano el que adopte estos principios y quede convencido de que las relaciones por parlamentarios, cuya necesidad debe ser reconocida por una y otra parte, volverán pronto á tomar un curso regular.

Episodios históricos.

FERRAN RUIZ DE CASTRO.

I.

Bañaban los rayos de un sol moribundo con sonrosada luz las elevadas almenas del castillo de los Castros, y las nubes teñidas de púrpura y apiñadas en el horizonte manifestaban claramente que el dia 15 de diciembre de 1158 iba á concluir. Por todas partes se oia el confuso rumor de los aldeanos, que fatigados con las faenas del campo, regresaban á sus hogares para descansar en el seno de su familia y compartir con ella su mezquino alimento; los lejanos balidos de las ovejas, que conducidas por sus rabadanes se acercaban á los establos para guarecerse del frio, el prolongado ladrar de los mastines, y el pavoroso y uniforme sonido de la campana que anunciaba á los fieles el momento de la oracion. Poco á poco la escena fué variando, la claridad se disipó enteramente, y el silencio y la noche sucedieron á la anterior animacion: solo se percibia en medio de la oscuridad el leve resplandor de las luces del alcázar, que á través de los pintados vidrios de sus ventanas, ofrecia mil puntos luminosos semejantes á las luciérnagas colocadas en las ramas de los árboles, y que á los ojos de un supersticioso presenta la imágen del palacio de las Hadas. Una calle de arbolado conducia á la entrada principal de la fortaleza, cuya forma participaba de la arquitectura oriental; sus muros ennegrecidos por la lluvia y cubiertos de musgo habian sido reparados, y por el número de centinelas que coronaban sus almenas, se echaba de ver que algun enemigo amenazaba la seguridad de sus poderosos señores.

Las pisadas de un caballo que aceleradamente se encaminaba hácia el castillo interrumpieron el silencio que reinaba en torno de él: oprimia sus ijares un hombre armado de piés á cabeza, y á juzgar por la celeridad de su marcha, portador de interesantes nuevas. El ruido de su bocina se pierde por tres veces de valle en valle, y contestando otras tantas por uno de los centinelas, cruje el puente bajo su gruesa cadena, dando entrada al recién llegado. Atraviesa este con desembarazo el suspendido ponton, y dejando su corcel en manos de un criado, se introdujo sin mas ceremonia en el primer zaguan, cuyas paredes adornaban algunas cabezas de jabalí, pieles de oso, lanzas, ballestas y otros trofeos de caza y guerra. En el extremo de la sala ardian los restos de un robusto leño, y de la bóveda pendia una lámpara de hierro cuya luz moribunda daba á entender lo avanzado de la noche.

— Dios os guarde, buena Jimena, dijo el forastero saludando á una vieja que hilaba al lado del fuego.

— Bien venido sea el escudero de D. Ferran; pero ¿cómo os habeis atrevido á cruzar tan á deshora ese maldito bosque? ¿Virgen santa! las nueve de la noche y venirse así solo y...

— Los soldados no conocemos el miedo, buena Jimena.

— Pues bien sabeis que un esforzado caballero fué víctima de su arrojo en ese mismo sitio, la noche de Navidad por cierto, del año 957; al pasar ese bosque á la misma hora que vos fué asaltado por un...

— Guardaos vuestras leyendas, Jimena, y disponed alguna cosa con qué regalar mi estómago, pues el frio de la noche y el camino me han dado mas gana de comer que de escuchar vuestros cuentos.

— Sea en buen hora: Albar, Albar, traed esa pierna de jabalí y un buen jarro de vino para que el escudero repare sus fuerzas; ¿y qué nuevas traeis de Toledo? supongo habreis ido con alguna mision para doña Elvira; ¡malditos amores! mire usted al buen D. Ferran enamorarse de doña Elvira de Lara, hermana del conde D. Manrique yo émulo y rival... vamos, en algunas ocasiones yo creo que nuestro amo está demente ó hechizado.

— Siempre murmurando, Jimena; si yo tuviese la lengua mas suelta...

— Ya sé que sois un honrado mancebo; pero decidme, ¿el de Lara sigue aun en la prianza de la corte? ¿No hay esperanzas de que nuestro amo llegue al distinguido puesto que ocupara su tío?

— Nada de eso; los Laras, cada vez mas ambiciosos, quieren ahora despojar á D. Ferran y sus hermanos de las tenencias y honores que el rey Don Sancho les dejara al tiempo de su muerte.

— ¡Alevos! desde que el difunto D. Gutierre en fuerza de su debilidad renunció la tutela del rey en D. García Garcés de Vaza, alférez de Castilla, y deudo de los Laras, presagió funestos resultados.

— Pues hay mas : D. Manrique ha dispuesto que el cadáver de D. Gutierre, enterrado como sabeis en el monasterio de San Cristobal de Yoeas, cerca de Burgos, se extraiga, y sea retado de traidor por haber conservado la tutela del rey.

— Hereje; ¡el cuerpo de D. Gutierre, de aquel señor tan buen cristiano, ser desenterrado! no harían mas esos malditos de sarracenos : como soy que daría 50 sueldos de plata para que los demonios se llevasen el alma de ese perro de Lara; pero ya que habeis satisfecho vuestro apetito, podeis pasar á la cámara de D. Ferran á darle parte de vuestra llegada; no temais despertarle, añadió con ironía, él estará aun repasando los romances que el trovador le compone para su Elvira.

El escudero salió, y la vieja, apagando los tizones que ardian en el fuego, se dirigió con paso trémulo á su aposento, maldiciendo al de Lara y encomendando á todos los santos el alma de Don Gutierre de Castro.

II.

— ¿La viste, Ruiperez ?

— Señor, están cumplidos tus deseos; á la postura del sol llegué á Toledo, y bajo el traje de aldeano pude entregarla vuestro billete; leyóle varias veces, y despues de un momento de indecision, contesta á D. Ferran, me dijo, que estoy pronta á complacerle, esta llave le dará entrada por la puerta excusada del jardin en la que no debe presentarse hasta la media noche. En cuanto á las novedades de la corte...

— Suspéndelas por ahora; mañana antes del crepúsculo tendrás dispuesta una armadura de las que están colgadas en la torre del Norte; quita las plumas del penacho reemplazándolas con otras amarillas y negras, quiero que en adelante sean estos mis colores : igualmente darás orden á Valdaura tenga preparados cuatro corceles de los mas corredores, y venga á la misma hora para ajustar las piezas de mi armadura; retírate á recorrer tus armas, que el alba nos ha de encontrar fuera del castillo; de paso dí á Ordoñez que le aguardo.

El escudero, haciendo una profunda inclinacion, salió del aposento.

— Con que en fin, ¿va á ser mia? exclamó D. Ferran, paseando aceleradamente y en ademán distraído como hombre á quien combaten encontrados afectos. ¡Cuál será la rabia de D. Manrique al saber que su hermana es mi esposa, que un lazo indisoluble nos une en la sociedad! Sí, ambicioso conde, pérfido cortesano, yo me gozaré en tu desesperacion, y esa existencia que tú creias destinada por el cielo para disfrutar un poder omnímoto y asemejarte á los reyes, se verá asaltada continuamente por el negro fantasma de tu destruccion : cuando creias haber llegado al colmo de tu mentida felicidad te hallarás sumergido en el abismo de la nada, tu sueño será agitado, en cada hombre verás un enemigo, y en cada mano un puñal asesinado contra tu pecho. ¿Piensas que Castro se aterra con tus nacientes ejércitos y aduladores partidarios? ¡ah cuitado! tú sí que temblarás como el reo cuando ve brillar la cuchilla, al saber el apoyo con que cuenta tu antagonista para hacer valer sus derechos, cuando llegue á tus oídos que Don Fernando II de Leon al frente de un ejército numeroso invade las Castillas, tala sus campos, toma sus fortalezas y se dirige sobre tus tropas, verás desvanecerse la sombra de tu poder como fantasma que se desliza entre las manos del alucinado mortal que creia retenerle para siempre.

La voz de Ordoñez que solicitaba entrada, sacó á D. Ferran de sus meditaciones para concedérsela.

— Señor, aguardo vuestras órdenes.

— Ordoñez, necesito tus servicios, contestó el de Castro fijando sus penetrantes miradas en el montero.

— Señor, bien sabeis hace seis años estoy á vuestro lado, y en este tiempo jamás corza alguna ojeada por mi mano se escapó á vuestros tiros.

— Es cierto, pero los servicios que ahora exijo de tí son de distinta naturaleza; se trata de satisfacer mis deseos.

— El brazo y las ballestas de Ordoñez esperan tu mandato.

— No serán necesarias; mañana tendremos que apoderarnos de doña Elvira de Lara, y conducirla al castillo para desposarme con ella; quiero empezar á vengar los ultrajes que me ha hecho su hermano.

— ¿Y es eso todo lo que pensais hacer? Pardiez, que yo creia ver en vos mas activo emprendedor : ¡cortesano y no alcanzar mas medios de venganza que el rapto de una rapazuela!

— ¿Y qué otros pondrias tú en juego?

— Señor, replicó con ironía modesta el taimado montero, si algun cazador siguiese la misma presa que yo, sabría hacer inútiles sus conatos y...

— Explicáte sin rodeos.

— Pues bien, si deseais que el de Lara no vuelva á ser un obstáculo para vuestras miras, mi puñal

es de tres filos, su hoja bien templada y mi brazo jamás ha errado el golpe.

— Infame, ¿qué te atreves á proponerme? ¿sabes que estoy tentado de hacerte ahorcar de una almena y dejar tu vil cuerpo para cebo de animales tan carnívoros como tú? por compasion no atravieso tu pecho con mi daga; cobarde, ¿piensas que necesito el de Castro tu brazo mercenario para vengar sus ofensas? sobran fuerzas en el suyo para tomar satisfaccion de ellas; ¿para qué serviría entonces mi lanza? ¿Para qué mi espada? ¿Solo para estar colgadas ó romperse inutilmente en el torneo? No, el de Castro jamás se venga con alevosía, con honor sí, y en el campo de batalla.

— Señor... (repuso Ordoñez con mal simulado despecho) dispensad si vuestro humilde montero ha osado haceros una proposicion, hija del ardiente celo, y que no creyó fuese desechada.

— Pues sí, lo es y lo serán todas las de igual naturaleza; aunque hombre y con pasiones, jamás el crimen, bajo cualquier disfraz que se encubra, hallará acogida en mi pecho.

— Espero, sin embargo, no llegará vuestro enojo á privarme de la proteccion que me dispensais.

— No, contestó D. Ferran viendo la utilidad que en aquella ocasion le podia prestar el montero; agradezco tu celo por mi servicio, pero en lo sucesivo abstente de semejantes propuestas; lo demás ya está olvidado; mañana al nacer el dia aguarda mis órdenes en la puerta del alcázar.

— El cielo os guarde, dijo Ordoñez saludando con resentimiento á su amo y dirigiéndole una mirada feroz; veremos, añadió en voz baja y saliendo, si el montero sabe vengarse mejor de tí que el de Castro de sus enemigos.

III.

Pasaron los dias que amante y esposo
Mi seno estrechabas, besabas mi frente,
Mi labio oprimia tu labio inocente,
Mi aliento exhalaba tu aliento ardoroso.

Amargo recuerdo de un tiempo pasado
Que vierte en mi pecho la pena y tristura,
Placeres que fueron, cual vana hermosura
Sumida en sepulcro profundo y helado.

Mil veces juraras al plácido cielo
Morir á mi lado, perjuro tú has sido,
Mi llanto desoyes, mi agudo gemido,
La guerra buscando, la muerte y el duelo.

Y el lecho abandonas de esposa affigida,
Que tiende sus brazos al Dios poderoso
Pidiendo clemencia, ¡mas ay! no es piadoso,
Y en llanto y despecho me deja sumida.

— ¡Siempre triste, Elvira! cuatro años van á cumplir que uní mi suerte á la tuya, y en este tiempo apenas se ha dejado ver la sonrisa en tu semblante : en vez de entregarte á las delicias del amor, una pena secreta oscurece tu frente; tus ojos antes brillantes como el astro del dia, se asemejan ahora á la pálida luz de un cirio funeral; las rosas de tus labios se han marchitado, y las lágrimas bañan con frecuencia tus hermosas mejillas; en vez de estrechar con pasion á tu esposo, colmarle de caricias, arrojarle en un éxtasis divino, los suspiros se exhalan de tu pecho, una negra nube cubre tu semblante, y lejos de amar, parece que maldices nuestra union.

— No, Castro; los lazos que nos unen me son mas gratos cada dia; mi corazón está lleno de tu amor, te adoro con pasion, y fuera de tí solo encuentro vacio en la naturaleza : sus gracias son brillantes si las admiro contigo; las flores exhalan perfumes si tú le respiras á mi lado; el sol es hermoso si baña con su luz tu frente serena; separada de tí, la naturaleza carece de galas, las flores no tienen aroma ni matices, y el sol es triste como el recuerdo de la muerte.

— Pues entonces ¿á qué acibaras nuestra existencia con tu continuo quebranto? ¿No excitas la admiracion de las mas poderosas señoras de Castilla? ¿no sobresales á su lado como la rosa entre las flores? A tus piés está ese esposo á quien adoras y respira por tí; si deseas galas, todas las riquezas del Oriente las pondrá á tu mandato; si festines, torneos, danzas, cacerías, todo lo dispondrá en el instante, pero torne por Dios la alegría á tu semblante y la calma á tu corazón.

— ¡An, Ferran! mi pecho no estará tranquilo mientras esa guerra cruel amenace tu vida.

— Pues qué, ¿no desearias ver á tu esposo ornado de laureles y cubierto de gloria?

— Laureles, sí, pero regados con sangre de millares de víctimas, y tal vez con la de mi hermano; ¿de qué sirven esos laureles nacidos sobre la devastacion de cien familias? ¿De qué esa gloria cimentada en la muerte y en la devastacion? Cuando

duermas á la sombra de tus victorias, mil y mil desgraciados dormirán en el sueño de la eternidad bajo la fria losa de un sepulcro donde tu brazo los habrá lanzado; cuando en medio de una corte lisongera te presentes altivo con tu poder, orgulloso con tus hazañas, recibirás los elogios de aduladores palaciegos, tan prontos á ensalzar al poderoso como á hollar en el polvo al desvalido; pero en las calles te acompañará la maldicion del pueblo; verás la desesperacion en los semblantes, el traje fúnebre de la viuda, del huérfano, de la amorosa virgen, harán un contraste horroroso con tus brillantes vestiduras, y dirán al mundo entero : mirad nuestro opresor.

— Extraño modo de ver las cosas por vida mia; pues entonces ¿qué es la gloria y el poder á tus ojos?

— El poder un yugo afrentoso puesto por el infierno en manos de los reyes y sus favoritos para oprimir á los pueblos; y la gloria un fantasma con cuya máscara encubren los hombres su ambicion; si me amas, ¿á qué mas gloria que la de educar á tus hijos y recibir sus inocentes caricias? ¿á qué buscarla donde tal vez te espera la muerte? Sí, Ferran, mil veces he visto en sueños cruzarse tu espada y la de mi hermano, salpicar la yerba vuestra sangre, y sumergido el acero en vuestro pecho... entonces los sollozos me han despertado, pero el fantasma no se ha separado de mí : y ¿crees tú que podria sobrevivir á cualquiera de vosotros? No, mil veces no, el dolor me quitaría la vida ó yo me privaría de ella en el exceso de mi desesperacion; mi amor se trocaría en odio, y no vería en el vencedor sino á mi propio verdugo.

— Desecha esos recelos, querida Elvira; yo te prometo respetar sus dias, y á fin de ser desconocido por él, cambiaré mi armadura; pero es preciso tengas mas serenidad; tu esposo no se alejaría de tí á no exigirle su honor; el rey de Leon, fiel á su palabra, ha invadido la Castilla, cayendo en su poder Burgos y Toledo, con todas las demás plazas de consideracion; el de Navarra, entrando por la Rioja, ha ganado Logroño, fortificando el paso del Ebro y conquistado la tierra de Ocon, Entrena y Cerezo; el instante de ver restablecido mi poder se acerca, y mi presencia en el ejército es indispensable; mañana pienso partir.

— ¡Mañana! exclamó Elvira con el acento de la desesperacion cayendo desvanecida en tierra.

Aprovechando D. Ferran tan favorable coyuntura, reclina á su esposa sobre un sillón, imprime un beso en su frente, llama á su camarera y sale del castillo para incorporarse al ejército de Don Fernando.

IV.

— ¿Y qué objeto habeis tenido al venir á esta campaña?

— Probablemente el mismo que vos, mi camarada; robar unos cuantos pueblos, despojar algunos centenares de cadáveres, disfrutar de grado ó por fuerza cuantas...

— Os comprendo; y ¿qué no estimais en nada vuestro salario y la recompensa de vuestros servicios?

— En cuanto á la soldada que me deben pagar y la recompensa de mi mérito, si no contase mas bien con la destreza de mis manos, menguados estábamos : ¿no veis que en estos ejércitos se mira con desprecio al simple aventurero, y así piensan en cumplirle sus promesas como un reverendo en hacer penitencia? Por lo demás, al saber que la guerra entre Castilla y Leon era indudable, merced á la ambicion de los Laras y de los Castros, no vacilé un momento en tomar partido por la causa de estos últimos, que me pareció la mas fuerte, supuesto que la apoyaba el rey Don Fernando; sin perjuicio de que si en el bando contrario habia mas probabilidades... porque yo me dije á mí mismo : ¿has de estar siempre trabajando para ganar un mezquino sustento? ¿no será mejor tomar otra vida mas descansada y aprovechar de las riquezas de los que serán tus enemigos con solo alistarte entre tus adversarios? La guerra todo lo permite; si despues hubiese algun escrupulillo... con hacer una peregrinacion á Santiago, ó una buena ofrenda á la Virgen de Guadalupe...

— Bravo; pero ¿quién os ha dicho, señor perillan, que mis miras no sean mas elevadas? Llegar á ser escudero de algun rico-hombre, ó bien alcaide de su fortaleza, sin que por eso yo trate de olvidar el honrado botín; ved aquí mis intenciones. Pero observo nos hemos retrasado bastante, y los ejércitos ya han llegado á las manos, es preciso evitar que otros rebeldes nos arrebatan la presa. Venid : ¿veis aquel caballero de resplandeciente armadura, que oprime los ijares de un fogoso alazan... aquel del penacho carmesí que avanza al frente de un puñado de ballesteros?

— Sí, le descubro.

— ¿Le conoces?

— Pesia mis barbas si lo conozco; es el mismo Don Pedro Nuñez, señor de Fuente-Algemir, que sacó de Soria oculto bajo su capa al rey niño, conduciéndole á Santisteban y desde allí á la villa

de, Atienza para evitara que prestase pleito homenaje á su tío Don Fernando, como este queria; su bolsa estará bien provista de *sueldos* y *alfonsies*: probad si mi armadura resiste las ballestas; así, bravo, pardiéz que sois certero; lleguemos ahora á recoger el fruto de tu victoria.

Mientras estos miserables se ocupaban en despojar al difunto caballero, el combate se habia hecho general, y se peleaba con todo el encarnizamiento de una guerra civil; las espadas y las picas rojas con la sangre de vencedores y vencidos, chocan contra los petos y espaldares; los trozos de armadura saltan al aire dejando indefensos á mil valientes que pronto reciben la muerte; por todas partes se oye un confuso rumor de voces y lamentos, semejante al bramido de las olas embravecidas que se estrellan contra la roca. Don Ferran, despues de cambiar de armadura con su escudero y encargarle respete la vida de don Manrique, anima con su presencia el ardor de las tropas. El desgraciado Ruyperrez acaba de morir á manos de Lara, y una voz se deja oír por el campo que grita: *Lara, Lara, tuyo es el triunfo, muerto está el de Castro.*

— Mentiste, conde, le contesta un caballero arremetiéndole con la lanza; Lara evita el golpe y se defiende con valor; sin embargo, el contrario ha roto su coraza y el acero penetra en el pecho; don Manrique vacila un momento sobre la silla, pero cae al momento revolcándose en su sangre. El desconocido entonces exclama: *Castro, Castro, victoria por tus armas, muerto está el conde.* En tanto don Ferran, atraído por las voces, llega apresuradamente para salvar, si es tiempo, la vida de don Manrique: se dispone á prestarle auxilio pero el conde lo rehusa y con acento doliente le dice: *artero, artero, pero no buen caballero: un momento despues espira en brazos de su doncel.*

Las tropas de Don Alfonso al saber la muerte del conde y la prision de su hermano don Nuño, empiezan á ceder viéndose privadas de sus mejores caudillos; y tanto para salvar las reliquias del ejército como para poner al rey á cubierto, emprenden la retirada y se dirigen á Garcinarro, distante dos leguas del lugar de la acción, donde aquel se hallaba con su corte. Así esta jornada, tan fatal para los Laras, vino á suspender las contiendas que hacia seis años devastaban á Castilla,



El almirante Fleuriot de Langle, comandante del 6º sector

quedando esta á excepción de algunas plazas en poder de la casa de Castro, favorecido constantemente por el rey de Leon. ¡Desgraciada la nación cuyo monarca está en minoría! Juguete en un principio de los partidos civiles viene á ser en último resultado presa de sus enemigos exteriores.

V.

— ¿Qué me dices? No puede ser que Toledo haya sucumbido. ¿Con que despues de la sangrienta batalla de Huete, los Laras habian de recobrar su antigua preponderancia? Vamos, tú de-liras ó estás como acostumbrabas.

— Nada mas cierto, Ponce: ya sabes que el rey Don Alfonso IX habia reconquistado todos los puntos principales de sus dominios, y que solo Toledo permanecía en la devoción de don Ferran.

— Nada mas cierto.

— Pues bien: antes de anoche le dan aviso de que don Esteban Illan con otros nobles principales se hallan reunidos en la torre de San Roman y meditan una traición: al punto recorre sus tropas y las encuentra entusiasmadas; confiado en su valor se retira al fuerte, donde pronto llega un caballero diciendo que el rey ha entrado de incógnito en la ciudad, que su estandarte tremola en la torre fortificada de San Roman, y que los nobles han gritado: *Toledo por el rey de Castilla.* En vano quiere embestir con todas sus fuerzas la torre y apoderarse de ella; la defiende la nobleza y el pueblo seducido, y se ve precisado á encomendar á la fuga su salvación y restituirse á este castillo, último apoyo de sus esperanzas.

— ¡Desgraciado don Ferran! en tan corto espacio perder á su esposa y á Toledo.

— A propósito de la muerte de doña Elvira; ¿sabes que, ó yo me engaño mucho, ó ese maldito montero ha sido la causa de ella?

— Ea; cosas tuyas, Ponce; ni es ni ha sido otra la causa que la pérdida de su hermano; yo al menos no comprendo como pueda ser lo que tú dices.

— Muy fácilmente; ese Ordoñez parece ser que en Italia cometió algunos excesos, por los que hubo de ser perseguido, y huyendo á Castilla se encubrió bajo el traje de montero, entrando al servicio de don Ferran; además corren voces, añadió el escudero por lo bajo, que es un perro judío y nigromante.

— ¡Jesus mil veces! exclamó el paje con los cabellos erizados y santiguándose á toda prisa; entonces será fácil haya introducido los demonios en el alma de doña Elvira.

— Los demonios no, repuso el escudero estremeciéndose, pero alguna bebida hechizada... ¿no observaste que la señora algun tiempo antes de su muerte quedó como estúpida, sus ojos cristalinos y sin movimiento, y sus labios pálidos como el jazmin? Bien sabes además corria el run run de que el montero se habia enamorado de doña Elvira, esta le despreciaría, y él para vengarse... yo le creo capaz de todo; ¡tiene unos ojos tan traidores! pero silencio, que viene hácia aquí; marchemos antes...

— Sí, sí, marchemos, dijo con voz sofocada el paje arrastrando tras sí al supersticioso escudero.



Esqueleto de un merodeador muerto en un campo de coles cerca del Bourget.

— ¡Huyen de mí! tanto mejor; con eso puedo entregarme libremente á mis reflexiones; ¡si supiérais el apellido ilustre que lleva el que disfrazado bajo este traje pasa por igual vuestro! ¿Y habré de estar ya por siempre envuelto en tan grosero traje? No importa; así me tratan con confianza, me creen sencillo, y á merced de mi credulidad mis golpes son seguros. ¡Ah, Ricardo! ¿Quién te diría, cuando engalanado con brillantes trajes corrias en Génova de festín en festín, de placer en placer... apartad de mí li-songeros recuerdos de un tiempo que fué; venga solo á mi memoria el mal que me hicieron los hombres para juraros un odio eterno y sacrificarlos á mi furor: ¡que no pudiesen llegar mis golpes hasta ese ser maldito que nos hace el don funesto de una existencia cercada de sinsabores!... Pero al fin Elvira ha muerto; ¡infeliz! ¿Creías que yo era un hombre vulgar y me contentaría con llorar tus desprecios? Terrible ha sido tu desengaño; ¡con qué placer he visto agotarse sus fuerzas poco á poco y perecer como la rosa lozana marchita por los rayos malignos de un sol abrasador! Mi venganza fué completa, digna de mí; asesinar á doña Elvira por mano de su esposo que creía presentarla la salvación en aquella copa fatal que llevaba el decreto irrevocable de su muerte, es todo cuanto podía sugerir el mismo Satanás. ¡Desgraciado don Ferran! te compadezco; el genio del mal ha posado sus alas malditas sobre tu frente; pero ¿qué has dicho, Ricardo? ¡Compasión! No, exterminio deben respirar tus labios; ¿olvidas tu misión sobre la tierra? El castillo está cercado; su entrega y la muerte del de Castro pueden valerme un destino de consideración: pasaré al campo del rey, y si prueba mi proyecto héme otra vez colocado en manos de la fortuna; si le desecha, nada más fácil que asesinar á don Ferran y apoderarse de sus riquezas; de todos modos mi ganancia es segura.

Dice, y saliendo del castillo se dirige al campo de Don Alfonso.

VI.

— ¡Señor, un montero al servicio de don Ferran solicita permiso para hablar con V. A.; viene del castillo de Zurita y dice tiene interesantes nuevas que comunicaros.

— Dile que entre y estate alerta por si meditase alguna traición contra mi persona.

— Pasad adelante, montero: el rey Don Alfonso tiene la bondad de admitiros á su presencia.

Ordoñez entra y postrándose ante el rey:

— Señor, le dice, sirvo por mi desgracia bajo las órdenes del traidor don Ferran de Castro; su castillo aun puede ofrecer resistencia y privaros de

dejarse caer en tierra como si fuera muerto, y yo entonces correré hácia la fortaleza seguido de algunos soldados que griten: *tened al traidor*. Mi amo, que á la voz saldrá á las almenas, mandará tropas á proteger mi retirada, y yo entonces le diré: maté á un rico-hombre porque hablaba mal de su grandeza; es probable que con esta ficción aumente su confianza hácia mí, en cuyo caso podré con facilidad deshacerme de él y entregar á V. A. el castillo.

— Ingenioso es el plan, por vida mía; falta solo un hombre que fiándose en tu palabra quiera recibir el golpe; sin embargo, probaremos. Beltran, vé al campo y pregunta si alguno de mis soldados quiere sufrir un pequeño golpe de la maza de este montero, á trueque de poner en manos de su rey el castillo de Zurita.

El doncel volvió al punto conduciendo un soldado natural de Toledo que se ofrecía á ello.

Todo salió como se habia previsto. Atraído don Ferran por la gritería del campamento enemigo salió á las almenas; y viendo perseguido á su montero, se pone al frente de un tercio de sus fuerzas y vuela á su socorro á tiempo que aquel llegaba.

— ¿Cuál es la causa de esa persecución, Ordoñez?

— Señor, oí á un mal nacido caballero hablar mal de vos, y no pudiendo contener la indignación le di muerte con mi maza.

— Ven á mis brazos y pide la merced que quieras; todo es poco para premiar esa prueba de afecto.

— Deseo solo estar mas cerca de vuestra persona.

— Desde ahora serás mi escudero.

El cerco del castillo se estrechaba cada dia mas y las provisiones empezaban á escasear. Resuelto don Ferran á salvarse con el resto de sus tropas ó morir peleando antes que rendirse al rey, medita una retirada y la comunica á su escudero; pero este que acecha la ocasión de sacrificar su víctima, marcha con sigilo al campo del rey saboreando la venganza, y le encarga que embista en la misma noche el castillo con todas sus fuerzas. En

efecto, antes de amanecer se da la señal de alarma y las tropas corren á sus puestos; el traidor escudero corre á la cámara de don Ferran y le comunica el asalto; mándale este ajustar su armadura, y el pérfido Ordoñez en vez de obedecerle introduce por su espalda una daga, y tiende muerto á sus piés al desgraciado Castro; la noticia de su muerte cunde por las filas, y los soldados creyén-



SITIO DE PARIS. — Gourbi prusiano, copiado de un dibujo hecho por un prisionero.

algunos centenares de valientes: con todo, yo me ofrezco á ponerle en manos de V. A. sin pérdida de un solo hombre.

— Levantad y explicaos; pero temed mi castigo si intentais alucinarme.

— Consiste todo en que un hombre de vuestro ejército quiera sufrir un pequeño golpe con mi maza al frente del castillo; no bien le reciba debe

dose ya perdidos deponen las armas y entregan la fortaleza, en cuyas almenas ondea al punto con majestad el pendon de Castilla.

Nada se volvió á hablar del traidor Ordoñez; pero al cabo de algunos años se le vió cruzar las calles de Toledo en un carreton, sus miembros mutilados y en la mayor miseria; aseguraron que el rey Don Alfonso le habia castigado de esta manera para evitar el mal ejemplo.

E. VIVES.

El almirante Fleuriot de Langle.

El almirante Fleuriot de Langle manda en jefe el 6º sector, del que damos una vista en las páginas 56 y 57 de este número.

El almirante es un marino anciano y como sus abuelos bretones (uno de ellos acompañó á La Perouse en su famosa expedicion), ha pasado en el mar una gran parte de su vida.

Nació en 1809 cerca de Morlaix.

Uno y otro hemisferio le han visto alternativamente manteniendo alta y firme la bandera de su país.

Estuvo en los sitios de Argel y de Amberes, y muchas veces en las Antillas y en los mares de Africa; hizo un viaje científico al Spitzberg; y tambien le hallamos en la guerra de Crimea.

De 1858 á 1860 recorre los mares de las Indias, Madagascar y el mar Rojo.

Finalmente, en 1870 toma parte en la defensa de Paris como comandante del 6º sector, con la aprobacion general de los que se hallan bajo sus órdenes.

Hombre de carácter bondadoso, afable, sin orgullo, benévolo con todos, el almirante Fleuriot de Langle posee el secreto de la antigua urbanidad francesa; es un hombre de mundo y un marino de los mas inteligentes é instruidos. Ha dado á luz diferentes escritos de geografia y de viajes que no carecen de mérito.

Añadirémos que es al mismo tiempo un bizarro militar, un verdadero patriota, un breton puro, lo que no es poco decir.

Todos simpatizan con él y le quieren en el 6º sector. Profesa al prusiano un odio inveterado, jamás ha desconfiado de la salvacion de la patria, y pide que la lucha actual no se acabe hasta haber arrojado al alemán mas allá del Rhin. Preve que la guerra será larga, pero al fin gloriosa para las armas francesas.

L. S.

Esqueleto de un merodeador encontrado

EN UN CAMPO DE COLES.

El autor de nuestro dibujo, que visitó el campo de batalla del 21 de diciembre, encontró cerca del Bourget el triste espectáculo que aquí representamos.

En un campo de coles yacía abandonado hacia algunas semanas el cadáver, ó mejor dicho la momia de un merodeador, el cuerpo apergaminado y seco por el frio, de uno de esos infelices campesinos que á riesgo de la vida recogian hortalizas en los campos durante los primeros tiempos del sitio.

Una bala le habia atravesado el cráneo, hacia quizá dos meses. A su lado habia un costal. Su blusa azul estaba pegada á sus huesos y se veia su pecho destrozado por las aves de rapiña. Aun tenia en su crispada mano de esqueleto, el cuchillo con que cortaba las coles.

¿Qué crimen habia cometido ese desdichado que arriesgaba su vida para ganar algunos sueldos, vendiendo las coles que arrancaba ante las balas enemigas? ¡Pobre diablo! Con su piel amarillenta, las órbitas hundidas, las piernas extendidas y los pies descalzados y roídos, me recordaba los horrores de Goya. El cañon de un fusil Dreyse le habia condenado á muerte por el crimen de recoger coles.

E. C.

Un gourbi prusiano.

La prolongacion de la guerra y del sitio da un gran interés á las cuestiones referentes al campamento de las tropas; y con ánimo de que se comprendan bien los dos sistemas de campamento francés y prusiano, hemos hecho dos dibujos que representan el *gourbi* de uno y otro ejército. En este número damos el prusiano, despues de haber dado el francés en el número 937 con un largo artículo que, al exponer detenidamente las disposiciones del *gourbi* alemán, señalaba las ventajas

que presenta sobre el otro. Los soldados franceses descuidan demasiado la parte útil, higiénica del campamento; parecen no ocuparse mas que de lo pintoresco, en tanto que por el contrario, los prusianos aprovechan el terreno para formar un campamento seguro donde el soldado se halle al abrigo, y que sea para el enemigo lo mas inaccesible que pueda darse.

Sabido es que los prusianos tienen dos sistemas de campamento, á saber: el campamento de maniobras simétricamente dispuesto y el de guerra que representamos, y consiste en un agujero, donde el soldado halla mejor que en la superficie de la tierra un abrigo contra el frio. Es de esperar que este ejemplo servirá de leccion á los franceses.

H. V.

Revista de Paris.

Paris ha sucumbido. Con todo el dolor de nuestro corazon escribimos estas palabras. La resistencia de Paris ha terminado el 28 de enero de 1871 al cabo de 132 dias de sitio, y hoy la capital que los gobernantes declararon inexpugnable tiene que sufrir sin quejarse la ley del vencedor, tiene que entregar sus fuertes y sus armas, que pagar una contribucion de 200 millones y que decir á sus defensores del ejército activo, marinos, soldados y guardia movilizada: Sois prisioneros de guerra del enemigo.

Todo esto resulta de la convencion estipulada sigilosamente en Versalles entre el conde de Bismark, representante de S. M. el emperador de Alemania, rey de Prusia, y M. Jules Favre, ministro de Negocios extranjeros del gobierno llamado de la defensa nacional, el mismo representante y el mismo gobierno que en sus declaraciones diplomáticas, en sus proclamas, en sus programas todos han dicho y repetido que no cederian un palmo de terreno ni una piedra de sus fortalezas, que expulsarian de Francia al extranjero, que Paris jamás capitularia.

La semana última, presintiendo ya este fatal desenlace, deciamos á nuestros lectores que el país pediria estrecha cuenta al gobierno de la defensa si llegaba aquel caso terrible y doloroso: que le exigira las razones de una rendicion sin combate cuando tenia á sus órdenes una fuerza colosal de medio millon de hombres durante cuatro meses en la inaccion, no obstante su deseo de combatir todos los dias y á todas las horas.

El momento de las explicaciones se acerca rápidamente. El 12 de este mes de febrero se reunirá en Burdeos una asamblea nacional, en cuyo seno el gobierno de Paris tendrá que justificar su conducta y entonces sabremos los motivos de la contradiccion existente entre sus palabras y sus hechos.

Pero entre tanto Paris ha sucumbido en medio de la consternacion general de sus defensores y de sus habitantes de la poblacion civil, todos familiarizados con la idea de que los esfuerzos comunes bastarian para impedir que se efectuara una catástrofe tan inmensa.

¿Cómo M. Jules Favre ha puesto su firma al pié de un tratado de armisticio, que es una capitulacion, mas aun, es una rendicion completa, como habria podido estipularse al fin de la batalla mas sangrienta y desastrosa?

¡Ah! ¡Cuán lejos estamos de aquellos sentimientos que inspiraron el paso franco y leal que en el mes de setiembre dió el mismo Jules Favre en Ferrieres!

Nuestros lectores recuerdan aquella magnífica relacion en la que el señor ministro de Negocios extranjeros informaba á sus colegas del gobierno de la defensa nacional del resultado que habia tenido el ofrecimiento de paz hecho al sagaz ministro del rey de Prusia.

Las condiciones del enemigo fueron inaceptables entonces, y sin embargo, no eran otras que las que ha impuesto hoy, quizás no tan duras, puesto que entonces Bismark se contentaba con un fuerte que dominase á Paris, por consentir en el armisticio, y hoy los ha querido todos.

Pero ¡qué respuesta tan brillante la de Jules Favre, y qué patética en medio de las lágrimas que le ahogaban!

— Me he engañado al venir aquí, dijo al conde; pero no me arrepiento, porque he sufrido bastante para excusarme á mis propios ojos, y además, he cedido al sentimiento de mi deber. Relataré á mi gobierno todo lo que me habeis dicho, y si juzga oportuno mandarme de nuevo á vuestro lado, por cruel que sea este paso tendré el honor de volver. Os agradezco la benevolencia que me habeis demostrado, pero creo que no hay otro remedio que dejar á los sucesos seguir su marcha. La poblacion de Paris es valerosa y está resuelta á los últimos sacrificios; su patriotismo puede cambiar el curso de las cosas. Si teneis el honor de vencerla, no la someteréis. La nacion entera se halla poseida de iguales sentimientos. En tanto que hallemos en ella un sentimiento de resistencia os combatiremos. Es una lucha indefinida entre dos pueblos que deberian darse la mano. Confieso que ha-

bia esperado otra solucion. Parto muy desgraciado, y sin embargo, lleno de esperanza.

Y añadia en resumen que habia buseado la paz, una paz honrosa, y habia encontrado una voluntad inflexible de conquistista y de guerra; que habia pedido la posibilidad de interrogar á la Francia representada por una asamblea libremente elegida, y le habian respondido mostrándole las horcas caudinas bajo las cuales debia pasar previamente.

No habia que hacer mas que combatir, organizar la resistencia en busca de la victoria.

Y así se hizo en efecto, con el ardor y los felices resultados que semana por semana hemos señalado en estas crónicas del sitio de Paris á la atencion de nuestros lectores.

Habia que improvisarlo todo, y todo se improvisó; se llamaron fuerzas á Paris, se armaron ciudadanos, todo el que podia manejar un fusil se constituyó en defensor de la patria, se hicieron y se completaron obras de fortificacion que convirtieron á esta gran capital en una de las primeras fortalezas del mundo; y entre tanto se levantaron las provincias, y grandes masas de hombres en el Mediodia, en el Este y en el Norte combatian á las fuerzas prusianas é hicieron decir al rey Guillermo que la guerra habia cambiado de carácter y que la Alemania tenia que hacer grandes y nuevos sacrificios si no queria perder el fruto de sus victorias.

¿Qué mucho pues, que los parisienses se mostraran confiados, llenos de esperanzas en presencia de las nuevas perspectivas que habia abierto el gobierno de la Republica en el negro y cerrado horizonte de los desastres imperiales?

Quizás se adelantaron demasiado en tan risueña era; quizás con las esperanzas que podian tener bastante fundamento se mezclaron algunas ilusiones; pero no cabe duda que resueltos como lo estaban los defensores de Paris á combatir incesantemente, no pensaron jamás que llegaria un dia en que sin preparacion de ninguna especie les anunciaran la rendicion antes de haberse medido con los prusianos en batallas formales.

Esto explica el sigilo con que se llevaron las negociaciones en el cuartel general del rey Guillermo. Toda una semana M. Jules Favre estuvo viajando diariamente entre Paris y Versalles hasta que comenzaron á traslucirse en el público los primeros rumores de armisticio.

Ya se habia insinuado oficialmente que el gobierno negociaba, y se habian indicado en conjunto las bases del tratado, cuando todavía se queria dudar de que fuesen verdad tales afirmaciones.

Por fin el gobierno hubo de expresarse claramente en una proclama á la poblacion, que daba un resumen de las cláusulas del convenio: decíase que el enemigo no entraria en Paris durante el armisticio; que la guardia nacional conservaria su organizacion y sus armas; que los marinos, ejército activo y guardia movilizada depondrian sus armas y permanecerian en Paris como prisioneros de guerra, y se callaba la entrega de los fuertes, la contribucion y demás condiciones que aparecieron despues en el convenio.

Además, en esta proclama se añadia que la resistencia habia durado hasta los últimos límites de lo posible por razon de los víveres, y que el gobierno se proponia demostrar por medio de cifras que no habia ya en Paris mas cantidad de pan que la estrictamente necesaria para esperar las provisiones del exterior, y que por lo tanto no se podia prolongar la lucha sin condenar á una muerte cierta á dos millones de hombres, mujeres y niños.

« El sitio de Paris, decia la proclama, ha durado cuatro meses y doce dias, y el bombardeo un mes entero. Desde el 15 de enero, la racion de pan se ha reducido á 300 gramos; y la racion de carne de caballo no es mas que de 30 gramos desde el 15 de diciembre. La mortandad ha triplicado. Y en medio de tantos desastres no ha habido un solo dia de desfallecimiento. »

Así es la verdad: la poblacion civil de Paris ha dado un ejemplo de abnegacion y de patriotismo imponderables.

Es evidente que con el pan no hay transaccion posible: con el último bocado se acaba el postrer esfuerzo de la resistencia mas heroica.

Excusado nos parece decir que esta cuestion de las subsistencias es con efecto, decisiva, y que á nadie podria ocurrírsele hacer un cargo al gobierno porque al llegar al fin de los víveres ha entrado en negociaciones y ha puesto punto á la defensa.

La falta cometida no está aquí; y sin embargo, aun en esto mismo se pueden hacer ciertos cargos que no tienen justificacion posible.

Se puede decir que en un principio se ha permitido una prodigalidad que por una consecuencia natural ha acelerado el tiempo del consumo; que tambien se han hecho promesas solemnes como la de que jamás el pan se racionaria, y cuando menos se pensaba nos hemos encontrado con una racion rigorosa de 300 gramos por persona y 150 los niños, cantidad insuficiente en una ocasion en que apenas se cuenta con otro alimento, y por último, se puede echar en cara al gobierno el cuidado que ha tenido de ocultar el estado de las subsistencias para venirnos á declarar en el postrer momento que ya era preciso optar entre rendirse ó sacrificar á un número indefinido de personas que, segun la expresion de M. de Bismark, infaliblemente se habrian muerto de hambre.

Bajo este concepto, el gobierno de la defensa nacional tendria completamente razon á los ojos de la Francia y de todo el mundo, si hubiese sido cosa convenida que la resistencia de Paris se subordinaba lisa y llanamente á la cuestion de los viveres; en este caso, los que daban las batallas eran los ancianos, las mujeres y los niños que, privados del alimento de costumbre se sujetaban á las privaciones del sitio, no los defensores de la capital que con las armas en la mano esperaban el cumplimiento de las promesas de ataque que no se han realizado nunca debidamente.

Y así puede decirse ha sido; la poblacion civil ha soportado todo el peso de la situacion, y en esa lucha de todos los dias ha tenido pérdidas crueles, de 3,000 á 4,000 muertos por semana, esto es, tres cuartas partes mas de la mortandad regular en los tiempos normales.

No, mil veces no; la conclusion de los viveres no será una justificacion, no será ni siquiera una excusa. Antes de llegar al término fatal ha habido tiempo de sobra para emprender operaciones ofensivas que si no daban la victoria á los ejércitos parisienses, al menos les habrian proporcionado una honrosa ocasion de capitular directa y noblemente, no por medio de sigilosos conciliábulos en el cuartel general enemigo.

La falta está en la inaccion, y en la mala direccion de los pocos movimientos emprendidos, no menos que en esperar la llegada de los ejércitos de provincia cuando habia en Paris medio millon de hombres armados, es decir, cuando sobraba gente, y el espíritu que reinaba era el de luchar con obstipacion y constancia hasta la última hora.

Sobre este punto no hay desacuerdo, y de antemano nos atrevemos á asegurar que todas las explicaciones del gobierno serán inútiles.

El dolor de la poblacion, cuando vino á saber de repente que ya no tenia pan para ocho dias y que se habia firmado el armisticio, dura aun y durará mucho.

Algunas agitaciones se han producido; pero el patriotismo ha hecho comprender á todos que no debia complicarse la situacion con disturbios interiores que quizás habrian provocado la entrada inmediata de los prusianos.

Peró ¡qué horas tan amargas y tan tristes cuando fué preciso cumplir las cláusulas del convenio relativas á la evacuacion de los fuertes por los marinos que los han defendido con tanto denuedo, y á la entrega de las armas que hubieron de hacer á la par los movilizados y las tropas de línea!

Después de la rendicion que se hizo en las afueras, los soldados volvian á Paris con un aspecto lúgubre.

¡Qué contraste con la alegría y con la animacion de los primeros dias del sitio!

En cuanto á los marinos no querian creer tan horrible desgracia, y un momento se temió que se rebelaran y no entregasen los fuertes; pero así como la guardia nacional supo contener su desesperacion ante el desastroso desenlace, así tambien los esforzados soldados de la armada francesa oyeron la voz de sus jefes y obedecieron, entregaron los fuertes que á viva fuerza no les pudo tomar el enemigo.

Los fuertes del Sur fueron los primeros que ocuparon los prusianos, y entre ellos el de Montrouge, el que mas habia sufrido de los terribles efectos de un bombardeo de treinta dias.

Los marinos le entregaron, como hemos dicho, segun los usos de la guerra; pero la idea de aquella humillacion fué tan espantosa en los defensores, que el capitán de fragata M. Larret Lamalignie, segundo comandante del fuerte, se quitó la vida con un revolver.

Que su nombre pase á la posteridad como el de un mártir del pundonor militar llevado hasta el heroismo.

Mientras se efectuaba esta operacion y las fuerzas activas entregaban sus fusiles, se desarmaba toda la muralla, y hoy los formidables cañones del recinto exterior, cuyo estampido continuo hemos estado oyendo durante cuatro meses, han vuelto sus bocas hácia Paris, esperando la reunion de la Asamblea nacional en Burdeos, llamada á resolver la cuestion de la paz ó la guerra.

Terrible cargo le incumbe á este congreso.

Su decision puede consumir la ruina ya muy grande del país, ó puede aplicar el bálsamo de la paz en sus horribles llagas.

¿En qué sentido se pronunciará esta Asamblea?

Difícil nos seria vaticinarlo á nosotros, que vivimos encerrados en Paris desde hace cuatro meses, apenas sin otras noticias que las que de tiempo en tiempo nos envia el enemigo, que aun en el dia lleva su rigor hasta el punto de no permitir otra comunicacion con los departamentos que la que puede hacerse por cartas abiertas con exclusion absoluta de todo periódico; pero si el sentimiento general es el de Paris, no dudamos que saldrá la paz de aquellas deliberaciones. Triste fin, repetimos, de una guerra emprendida locamente, conducida con una incapacidad evidente y concluida con la capitulacion de Paris que será una página negra en la historia de Francia.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EL MUNDO.

Tuvo el mundo una edad en que se alzara
Virgen y pura sin rubor su frente,
Edad que el sol desde el rosado Oriente
Con su brillante lumbré iluminó.
Edad en que la vida de los hombres
No se viera á merced de injustos reyes,
Edad en que el imperio de las leyes
El capricho del hombre no eclipsó.

Edad que como sombra se anublara,
Como vana ilusion desapareciera,
Edad tras de la cual apareciera
De crímenes y vicios otra edad.
Consigo el tiempo la arrastró en su fuga
Y de ia noche el pavoroso luto
Con las glorias de César y de Bruto
Confundirá del hombre la maldad.

Y ese tiempo envolvió la edad hermosa
En que el mundo osientara sus laureles
Y el renombre y la gloria de un Apeles
En su corriente arrebató tambien.
Y el hombre que despues apareciera
Con mil pasiones deslumbrado y ciego,
El nombre santo del artista griego
Leyó tal vez con lánguido desden.

Llora, oh mundo, á los bordes del sepulcro
Tu desgracia fatal y desventura
Como llora perdida su hermosura
Seco su tallo la marchita flor.
Llora, oh mundo, con lágrimas de duelo
Tus dichas y tus glorias ya pasadas,
De tus héroes las ya rotas espadas,
Los ya rotos pinceles del pintor.

Llora de ver á la inocente Grecia
Que alzó su altiva frente triunfadora
Liberto imbécil descansar agora,
Tras siglos cien de bárbara opresion.
Llora de ver que en el ardiente suelo,
En el suelo del Africa abrasado,
A la vida despierta aletargado
El hombre sin hogar ni religion.

Y un mísero tirano de la tierra
Los negros ojos en su rostro fijos
Le arrebatan tal vez los tiernos hijos,
Único bien que le debió al señor.
Llora de ver cual en su seno mismo
Muerte lanzan hermanos contra hermanos
Y estrechando tal vez las diestras manos
Con otra esgrima hierro matador.

Llora, oh mundo, en la noche silenciosa
Al apagado brillo de la luna
Y al recordar tu gloria y tu fortuna,
Aumenta con tus lágrimas el mar.
Llora, oh mundo, que el sueño de la muerte
Es al mortal el único consuelo,
Y aun ese á veces nos le niega el cielo
Para mayor hacer nuestro pesar.

Mundo, tu gloria pasó,
Pasó como sombra vana,
Cual la luz de la mañana
Se desliza sobre el mar.
Solo le queda á tu gloria
Un recuerdo de ventura,
Cual de pasada hermosura
Queda un recuerdo de amar.

Eres el rico opulento
A quien la fortuna avara
Lo mismo que dió quitara,
Mas le dejó la ambicion.
Y en tí la suerte mas cruel
Te quiso dejar de intento

Un atroz remordimiento
Que te llaga el corazon.

Mas llora, oh mundo, tus dichas,
Llora tu pasada suerte,
Que está lejana tu muerte
Para tu mayor dolor.
Y el hombre mientras tú lloras
En ese pesar sin fin,
Yace en lubrico festin
Ébrio de vino y amor.

J. B. DELGADO.

El bombardeo de Paris.

(Conclusion. — Véase el número 939.)

DEL 23 AL 24.

Los partes que dan cuenta de las observaciones hechas durante la noche, no señalan un aumento marcado en el bombardeo enemigo contra la orilla izquierda. Ciento veinte y ocho granadas han caido en los mismos barrios, particularmente en los del Val-de-Grace, de Luxemburgo, Saint-Jacques, del Panteon, de los Inválidos y de Montrouge.

Es necesario notar que el 46 distrito (Auteuil y Muetle), sobre el cual concentraba el enemigo sus esfuerzos hace algun tiempo, sufre muy poco desde hace algunos dias, y que la accion de las baterías de ataque parece concretarse ahora contra Saint-Denis y Aubervilliers.

En las zonas del Sur, 41 inmuebles han sido perjudicados. Han sido alcanzados pocos monumentos y no se han declarado mas que dos incendios sofocados en breve.

Ha habido 7 muertos y 5 heridos.

DEL 24 AL 25.

La parte sur de Paris ha sufrido menos relativamente la noche pasada, y el bombardeo ha tenido notables variaciones. Los barrios alcanzados son como de costumbre los de Grenelle, de Vaugirard, del Luxemburgo, de la Glaciere y de Montparnasse. El del Petit-Montrouge ha sido particularmente perjudicado, sin duda á causa de su aproximacion á los fuertes; en el asilo de Santa Ana han caido 69 granadas y 25 en la calle Darreau.

En la calle de la Glaciere un proyectil ha producido un incendio en una fábrica de carton y de papel, que se ha propagado rápidamente, destruyendo totalmente el establecimiento en algunas horas. Otro incendio se ha declarado en la calle Clisson, núm. 38, pero ha sido sofocado al momento.

Cuarenta y nueve propiedades han sido muy perjudicadas; los edificios públicos han sufrido poco por el contrario.

La lluvia mortífera que caia sobre Auteuil estos últimos dias, ha cesado de pronto desde ayer, y de este lado el tiro del enemigo se ha limitado al radio del recinto.

En Saint-Denis por el contrario, el bombardeo redobla en violencia y hay pocas casas que no estén deterioradas. Una parte de la poblacion metida en los sótanos, no está ni aun allí en seguridad completa. Los habitantes no pueden salir de sus casas sino á costa de una muerte casi cierta. Gran parte de estos infortunados, sin asilo ni recursos, han debido venir á refugiarse á Paris.

Las víctimas son numerosas; varias de ellas heridas en los pisos superiores de las casas, quedan insepultadas, y el cementerio que toca á la iglesia está de tal manera acribillado de proyectiles que es imposible penetrar en él.

Hoy, especialmente á partir de las once de la mañana, el cañoneo ha empezado furioso y continuo; la situacion de la desgraciada ciudad ha empeorado mas aun. La catedral ha recibido al medio dia un gran número de proyectiles y su flecha ha sido seriamente deteriorada.

Ha habido 2 muertos y 20 heridos.

DEL 25 AL 26.

La noche pasada se ha notado una cierta recrudescencia en el bombardeo, y el número de proyectiles que han reventado en la orilla izquierda, se ha elevado de un dia al otro de 79 á 137. Quince granadas han caido en el hospital del Val-de-Grace como tambien en el asilo de Santa Ana, y por primera vez la fábrica de gas de la Vilette (barrio de la Chapelle) ha recibido algunos proyectiles.

Cuarenta y siete propiedades han sido perjudicadas. Se han declarado tres incendios; uno en el Val-de-Grace, otro en la calle Bezin y el tercero en la calle de Thiboumery. Han sido sofocados prontamente, y durante la organizacion de los socorros no ha habido nadie herido.

El enemigo ha dirigido de nuevo su tiro contra Anteuil y el Point-du-Jour. En la calle Lafontaine algunas casas deterioradas ya se han hundido del todo; otras sitas en la calle Montmorency han sufrido mucho.

En Saint-Denis la noche del 25 al 26 ha sido bastante tranquila. Han caído en la ciudad algunas granadas y balas raras que han causado averías de poca importancia, pero por desgracia tres personas han sido mortalmente heridas. La estacion del ferro-carril ha sufrido

sériamente; una docena de proyectiles que han reventado en las salas de mercancías han producido pérdidas materiales sensibles.

Ha habido un muerto y 2 heridos.

DEL 26 AL 27.

El 26 desde las siete de la noche el cañoneo del enemigo ha sido muy vivo, y un gran número de proyectiles han reventado en los barrios de Montparnasse, del Luxemburgo, del Panteon, del Val-de-Grace, de Grenelle, de Passy, del Petit-Montrouge y de Necker. Este último ha sufrido principalmente.

Dos proyectiles han caído en el gasómetro situado en

la Chapelle, han determinado la explosion del regulador ocasionando un incendio que se ha sofocado en breve.

Treinta y seis propiedades privadas han sido alcanzadas por los proyectiles enemigos y algunas han sufrido graves perjuicios.

A partir de las once de la noche, el fuego de las baterías enemigas se ha calmado sensiblemente y una hora despues cesó del todo.

Ha habido 4 muertos y 9 heridos.

RESÚMEN.

El total de víctimas en estos 24 dias de bombardeo, se eleva á 421 muertos y 278 heridos.

6º La cresta.

7º La profundidad.

8º La escarpa exterior.

La escarpa de muralla cubierta de césped tiene unos 5 metros de altura y el terraplen de 6 á 8 metros de ancho. Por ahí se puede circular con la misma regularidad que por la calle militar, puesto que tiene al borde la parte superior de la muralla que se eleva á dos metros y medio del terraplen.

Despues del terraplen viene la banqueta de artillería reservada á los artilleros encargados del servicio del recinto. La segunda banqueta reservada á la infantería está á 0^m 70 sobre la primera y á 4^m 30 mas abajo de lo alto del parapeto.

La banqueta de infantería com unica con el parapeto

por medio de una escarpa, en la que se apoya el tirador cuando hace fuego. El parapeto forma una especie de dique de 6 metros de anchura y remata por fuera en una escarpa que baja hasta la pared de sostenimiento de la muralla. La porcion del parapeto comprendida entre las escarpas exterior é interior, no está á nivel, sino que ofrece un declive hácia el campo y es la profundidad; el borde interior del parapeto es la parte mas elevada, es la cresta.

La escarpa exterior del parapeto conduce á lo alto del muro de fábrica cuyo picé se encuentra en el fondo del foso. Este picé tiene 10 metros de altura sobre el fondo del foso y constituye el obstáculo principal contra la escalada. Para penetrar en la plaza se necesitaria aplicar escalas de 44 metros de altura contra la pared.

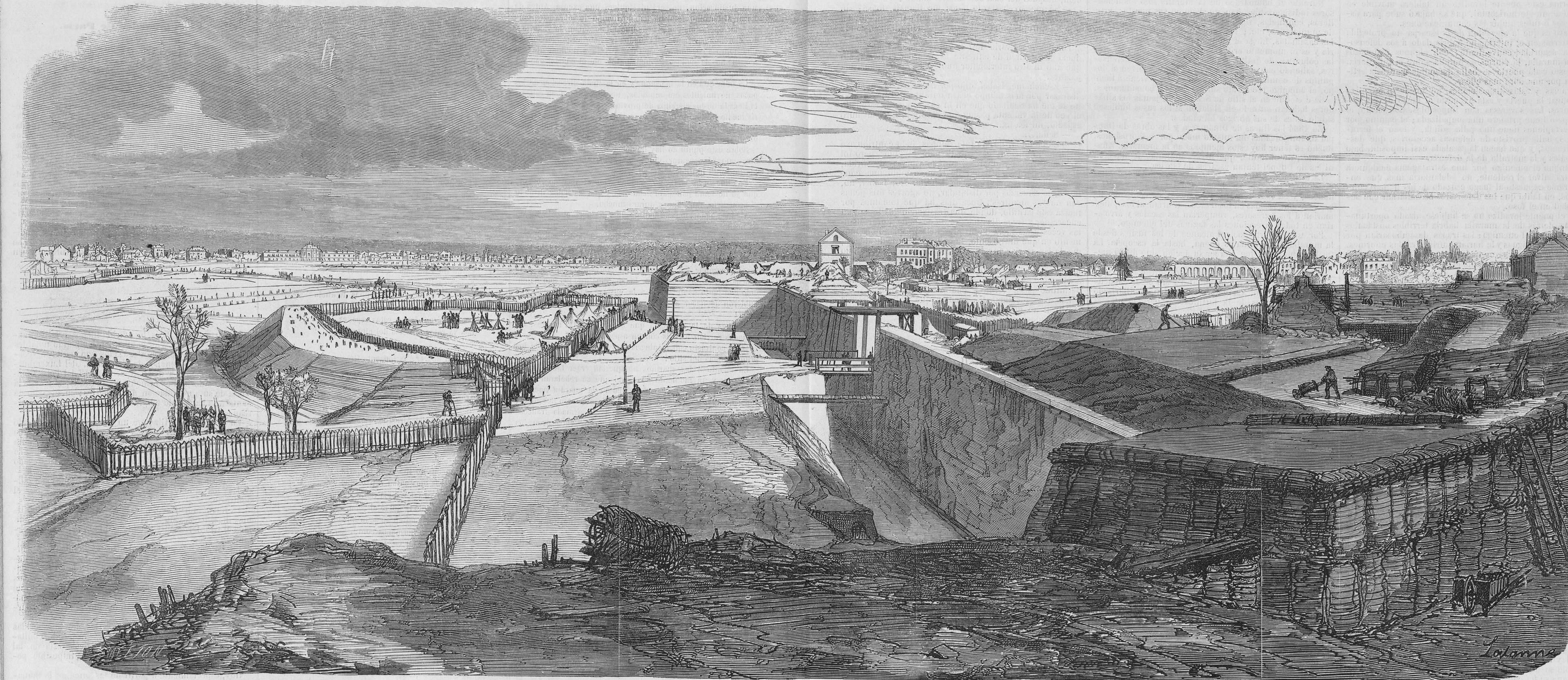
El foso es una excavacion de 5 á 6 metros de profundidad sobre una anchura media de 45 metros en el fondo. Por el lado exterior hay una pendiente que se llama contraescarpa.

Comunica con el suelo por una cuesta suave que se llama *glacis*, y á 2 metros mas abajo hay una banqueta muy angosta que permite circular al abrigo de los enemigos.

Tal es el recinto.

Se cree generalmente que todo foso de fortificacion debe recibir agua, y es un error. Muchas fortalezas importantes tienen los fosos secos.

En Paris se ha echado agua en los fosos que podian recibirla, y los otros se han quedado secos. La diferencia de nivel de las diversas partes del recinto habria



SITIO DE PARIS. — Conjunto de las obras de defensa de una puerta en el 6º sector.

Las fortificaciones.

No vamos á tratar de demostrar aquí cómo se han modificado sucesivamente con los progresos del ataque las fortificaciones de la edad media, las altas murallas, las torres almenadas, las buardas, las bastillas; y ni siquiera pensamos pasar revista á los diferentes sistemas que nacieron con el empleo de la artillería. Desde los azados de Evrad, de Bar-le-Duc, del caballero Deville, de Marolais, del conde de Pagan hasta las obras de Le Crete de Vauban, de Cormontaigne, etc., cada época tiene su fortificacion y cada gran nacion su sistema. Hoy mas que nunca, la fortificacion se transforma

y se acomoda á las necesidades de la defensa, cada dia mas exigentes ante la fuerza del ataque.

Si fuera necesario un ejemplo, bastaria citar la Inglaterra y comparar con sus obras de 1860 sus fortalezas de granito y de hierro de 1870. Y sin embargo, no es duradero ese sistema tan complejo y costoso; pronto veremos que los progresos de la artillería permitirán otras obras mas sencillas sin dejar de aumentar por eso en grandes proporciones la seguridad del pais. Pero no salgamos de la actualidad y echemos una rápida ojeada á la fortificacion de Paris.

El recinto continuo forma un cuerpo de plaza bastionado con arreglo al sistema de Cormontaigne, cuyos frentes en linea recta dificultan mucho el ataque, contando además con la proteccion de los fuertes adelan-

tados que tienen al sitiador lejos de la muralla y facilitan las salidas del sitiado.

El recinto se compone de una muralla (*rempart*) de tierra, sostenida al exterior por un muro de fábrica precedido de un foso; detrás del recinto se encuentra la calle militar por donde pasan á los puntos de la fortificacion los defensores, el material de artillería, las municiones, etc.

Partiendo de la calle militar para subir á la fortificacion se encuentran sucesivamente:

- 1º La escarpa de muralla.
- 2º El terraplen.
- 3º La banqueta de artillería y su escarpa.
- 4º La banqueta de infantería y su escarpa.
- 5º La escarpa interior.

obligado á los ingenieros á ejecutar obras considerables cuyos gastos habrian sido desproporcionados á la ventaja que el agua en los fosos produciria.

La calle militar está bastante frecuentada hace cuatro meses para que todo el mundo sepa diferenciar los bastiones de las cortinas.

Las porciones que tocan á la calle son las cortinas, y las que se separan comprendiendo entre sí un espacio mayor ó menor, son los bastiones.

El recinto contiene 94 bastiones numerados. De estos 94 bastiones 59 están contruidos idénticamente por el mismo tipo y bastará hablar de uno de ellos para que se conozcan todos.

Compónese un bastion de cuatro porciones de muralla de espacio desigual, dos *flancos* y dos *caras*.

Los flancos tocan á las cortinas, y las caras, mas largas que los flancos se encuentran hácia el medio del bastion formando un ángulo mas ó menos prolongado: es el *saliente* del bastion.

El sitio en que se reune una cara con un flanco se llama *ángulo de cara*, y aquel en que se reune el flanco á la cortina, se llama *ángulo de flanco*.

La porcion de recinto comprendida entre dos salientes constituye un frente.

Cuando los defensores situados en la banqueta pueden vigilar el fondo del foso del bastion contiguo, se dice que este último está *flanqueado* por el primero.

En Paris los fosos del recinto están exclusivamente flanqueados por los flancos.

El flanco derecho de un bastion flanquea el flanco iz-

quierdo del bastion precedente, así como una parte de la cortina correspondiente.

Importa mucho no olvidar este detalle, pues la seguridad de un bastion depende únicamente de la vigilancia del bastion contiguo.

Ciertos bastiones difieren del tipo indicado, en razon á que tienen una casa en vez de dos, y que además están flanqueados por los contiguos. En otros los terraplenes son distintos. Las tierras se elevan sobre el parapeto ordinario y sirven para colocar artillería. Es un bastion pequeño á caballo, digámoslo así, sobre otro grande.

En algunos frentes, y sobre todo en las cortinas, suele verse una disposicion especial: el parapeto no está directamente sobre el muro de escarpa, pues hay en

medio un camino que se llama *camino de ronda*. Los defensores pueden utilizarle para vigilar hasta el pie de la escarpa.

No basta encerrar la plaza en un recinto continuo, sino que hay que dejar los medios de hacer salidas, y así sucede que cuando se han construido las fortificaciones es preciso situar brechas correspondientes á las puertas en las cortinas. Aquí los daños se reparan fácilmente. Para restablecer la continuidad del recinto á la aproximación del enemigo, basta desembarazar el foso obstruido por la calzada.

Además, se ha elevado la escarpa que se detenía al nivel del suelo hasta la altura de las escarpas contiguas, y como no la debía reforzar ningún terraplen, han practicado troneras con banquetas para la infantería y han reservado en el muro un doble paso para las salidas, con puente levadizo.

Forma este puente levadizo un tablero móvil en torno de un eje horizontal, que se baja ó sube para establecer ó interrumpir las comunicaciones.

Claro es que la elevación de la escarpa no protegida por tierras en el interior no habría dado á los defensores la seguridad conveniente: con algunos cañonazos en la muralla, la fábrica se hundía sobre la infantería. Por esto cada puerta se halla defendida contra la artillería por una obra más eficaz.

Gracias á estas disposiciones, no puede el enemigo cañonear la puerta y está expuesto al fuego de los defensores. Las sorpresas son imposibles. Con efecto, el parapeto tiene primero una empalizada; el camino por los terraplenes tiene una valla sólida, y todo el terraplen se halla provisto de defensas accesorias, que describiremos, y que hacen la escalada casi imposible bajo las balas y la metralla de la defensa.

Aunque el enemigo por una estratagema cualquiera lograra salvar el rediente, no adelantaría más que encontrarse expuesto al fuego cruzado de los flancos contiguos, en tanto que los defensores se hallarían con seguridad en el foso.

Si el puente levadizo no se hubiese alzado oportunamente, detrás de la muralla habría terribles obstáculos para detener al enemigo; las tropas desembocarían por las calles contiguas y le harían sufrir pérdidas enormes. La artillería enemiga no podría hacer nada bajo pena de ametrallar á sus propios soldados, que estarían expuestos al fuego de los defensores á pocos metros de distancia.

Vemos, pues, que los defensores se hallan bien guardados, y es de advertir que no indicamos los medios irresistibles que se podrían emplear en el último extremo. Puede considerarse París como inexpugnable.

En el corto espacio de un mes se han hecho en el recinto cosas extraordinarias. Diremos algunas palabras sobre su armamento.

Algunas personas extrañan que no todo el recinto esté armado con gruesas piezas de marina; los cañones pequeños les parecen insuficientes. Este es un error. Debe tenerse entendido que en la defensa de una plaza se emplean piezas de artillería de todo calibre, desde las más gruesas hasta las más pequeñas, según los sitios que ocupan.

En París hay piezas rayadas de 24, del calibre de 43 centímetros, que lanzan á 6 kilómetros proyectiles de 25 kilogramos; hay piezas de marina de 46, 49 y 24 centímetros que arrojan masas enormes á 8 kilómetros; ¿para qué emplear esos cañones cuando el alcance ha de ser limitado? Su empleo, muy útil para tirar contra un enemigo lejano, para introducir el desorden en sus obras, etc., es inútil cuando al mucho alcance no conviene añadir grandes efectos destructores. Además, las piezas enormes se manejan lentamente y consumen mucha pólvora. Las pequeñas, que se manejan mejor, tiran pronto sin agotar las provisiones, sin exigir mucho personal, y deben emplearse exclusivamente cuando se trata de contener columnas de ataque, y de defender el aproche de los fosos con descargas de metralla.

Así en los flancos hay piezas ligeras que bastan para ametrallar el foso de un bastión; y al contrario, allí donde el horizonte se extiende sobre las caras que miran al campo, hay piezas rayadas de grueso calibre que tiran á barbata por encima del parapeto y están montadas á dos metros del suelo sobre cureña de plaza. El tiro á barbata tiene al artillero á descubierto, lo que no sucede con la tronera, pero permite apuntar á distintas direcciones, ventajas de que este carece.

¿Hay necesidad de decir que para hacer las troneras no sólo se han practicado aberturas en los parapetos, sino que se ha consolidado la obra con gabiones, faginas y sacos de tierra?

Los gabiones, grandes cestos de mimbre sin fondo, se quedan de pie en el suelo y llenos de tierra, y puestos unos al lado de otros forman buenos parapetos.

Las faginas son haces cilíndricos de dos metros de largo y de un diámetro de 0^m 22 formados de varillas reunidas de dos centímetros, que sirven para consolidar los declives; en su mayor anchura están á prueba de bala.

Los sacos de tierra constituyen uno de los accesorios más útiles para la tropa.

Estos sacos tienen 30 centímetros de largo con un diámetro de 22 centímetros. Una bala no atraviesa un saco en su largo.

El saco de tierra es el asiento primitivo de toda fortificación hecha rápidamente. Con estos materiales se improvisa toda clase de abrigo.

La banqueta de infantería deja al fusilero con la cabeza y los hombros expuestos á los golpes del enemigo.

Los sacos de tierra neutralizan este peligro.

Poniendo un saco en la profundidad de cada lado de la posición que ocupará el arma, quedan al abrigo los hombros del tirador, y poniendo por encima y al través otro saco, se cubre la cabeza. Así se forman las almenas por las cuales se dispara en la muralla con una seguridad relativa.

Digamos ahora en qué podría consistir un ataque á viva fuerza sobre el recinto.

La acción principiaría por un ataque de artillería. El enemigo intentaría destruir la artillería de la plaza, bombardeando las troneras y los parapetos. Admitamos que los cañones de los frentes han quedado reducidos al silencio, que los proyectiles llegan á lo alto de la escarpa, que los parapetos se hunden en el foso.

El enemigo lanza entonces sus columnas de asalto provistas de escalas para tomar la muralla y de faginas para cegar el foso y subir á las brechas.

Durante el bombardeo de la muralla solo los defensores indispensables han quedado en sus puestos, artilleros, centinelas, vigilantes, hombres para el transporte de municiones, etc.; los fusileros se han refugiado en las casamatas. Llega el momento en que cesa la artillería y es el momento crítico. Entonces pueden aparecer las columnas de asalto. Este se rechaza si los defensores, saliendo con rapidez de sus abrigos, vuelven á los puntos de combate. Si el fuego del sitiado viene á tiempo, el enemigo rechazado sufre pérdidas considerables.

Se cree que en el sitio de Sebastopol, jamás los sitiadores habrían entrado en Malakoff si los rusos hubiesen salido antes de sus abrigos blindados.

En 1864 las líneas de Dinamarca y las obras de Duppe fueron forzadas del mismo modo por los prusianos. Bueno es tener hoy estos ejemplos en la memoria. Añadirémos, no obstante, que ni las murallas de Malakoff ni las de Duppe tenían escarpa de fábrica.

La artillería ligera presta grandes servicios en estas ocasiones; rara vez se desmontan los cañones de los flancos, y en todo caso, algunas piezas de campaña, de reserva, emboscadas en los flancos, tirarían al foso, diezmarían á los agresores, romperían las escalas y arrojarían en todas direcciones las faginas del enemigo.

Por esto importa poco el alcance de los fusiles desde la muralla. Toda arma es buena, hasta la escopeta. La fusilería no tiene que ejercer su acción sino á 300 metros cuando más.

Hemos insistido en estos detalles de fortificación y de defensa, porque son fundamentales y sin cesar encuentran su aplicación. Cuando se está bien familiarizado con los principios de la fortificación permanente, es fácil sacar partido para la fortificación pasajera, y no dudamos que el papel de las obras de campaña se hará cada día más preponderante.

Se cambiará la antigua definición de las fortificaciones. No se dirá como antes que es « el arte de elevar trincheras para poner á una tropa débil en estado de resistir á fuerzas superiores, » sino « el arte de colocar á las tropas en las mejores condiciones posibles de ofensiva y defensiva. »

P.

El bastardo.

I.

La roja llama de un abrasado sarmiento alumbraba sola los ennegrecidos muros de un vasto salón del castillo de Montiel, ó mejor dicho, aumentaba sin alumbrar su aspecto lúgubre. Una fantástica sombra, que desde la estatura natural aumentaba en dimensión gradualmente, á punto de no caber en tan anchuroso espacio, volvía poco á poco á su natural tamaño para reproducir de nuevo su antigua y colosal forma: los medidos pasos de un hombre y el sonido de una armadura se hacían oír al mismo tiempo que la sombra variaba, ora alejándose, si aquella disminuía, ora acercándose, si por el contrario aumentaba. En la misma estancia había otro ser: sobre el fondo negro de las góticas paredes se distinguía otra sombra blanca, que lejos de variar de aspecto y forma, se la hubiera podido creer un ser inanimado, si la violencia de su respiración no indicase que vivía y sentía; tal era su inmovilidad!... ¡era una mujer! Todo su cuerpo se estremecía, cuando una de las veces que la sombra negra se alargaba, creciendo el ruido de los pasos y el sonido de la armadura, se mezcló á ellos el eco duro de la voz de un hombre:

— No, Isabel, no: no estoy satisfecho ni debo estarlo.

El personaje que había pronunciado aquellas frases cesó de hablar, acercándose á la lumbre, hizo ver, por el escaso hueco que dejaba su visera alzada, un rostro ennegrecido, tanto por el color oscuro que habían dado á su piel los rayos del sol, como por la espesura de su barba y lo poblado de sus cejas, que unidas formaban un arco ojival que servía de ancho cornisamento á dos hundidos y pequeños ojos grises en que se reflejaba la llama del encendido fogón.

— Ni la conducta que han observado los tuyos, ni la que tú observas, repitió, son capaces de tranquilizarme; los primeros, traidores á su rey y señor, han cruzado su hierro con el mío en estos mismos muros, cuando el verdugo de Castilla, á quien llamaron Pedro los ocupaba aun...

— Deteneos conde, porque si continuais hablando contra los que llevan mi mismo nombre, me obligareis á retirarme: siempre me habeis encontrado sumisa á vuestra voluntad obedeciendo, tal vez con sobrada humillación, el menor de vuestros deseos; pero si os puedo sacrificar mi amor propio, no haré lo mismo con la honra de los que tan de cerca me tocan; si vertieron sangre por este, á quien llamais el verdugo de Castilla, la vertieron porque ceñía sus sienes legítimamente la corona de ese reino, ¡porque defendían en él al hijo de vuestro abuelo!...

— ¡Isabel! gritó el conde, no repitas la injuria con que me ha motejado tu hermano, ó habré de teñir mi hierro por segunda vez en la sangre real portuguesa...

Una conmoción violenta indicó la terrible impresión que este recuerdo produjo sobre la desventurada... Un intervalo de silencio sucedió á esta estrepitosa detonación, después del cual continuó el conde:

— Sé que soy bastardo... así me llamais, lo sé; sin embargo, el rey tu padre solicitó para tí la mano del hijo de Enrique ¡buscó el enlace de don Alfonso, conde de Gijón!...

Por des veces varió de talle la sombra, que reproducía en la pared de enfrente la amortecida llama, sin que uno ni otro interlocutor hubieran proferido una sola palabra.

— Escúchame, Isabel, dijo por fin el conde, no puedo disfrazar por más tiempo el sentimiento que me tortura; no se me ha ocultado que en tu corazón no ha resonado el eco de la violenta pasión que devora al mío, mi duro aspecto, mi fea figura...

— Señor...

— Lo conozco, no me interrumpas, todo contribuye á alejarme tu afición; casi no te pido ya amor, pero mi conducta franca y amorosa, aunque áspera y desabrida, me da un derecho á exigir de tí en cambio una confianza que estoy muy lejos de deberte. No, Isabel, no, no hagas esfuerzos por disimular, no agraves mis penas con nuevas mentiras: trece días há que tomamos por fuerza este castillo, donde nuestros enemigos te tenían encerrada, y trece días há que no cesas de llorar cuantas veces estás fuera de mi presencia: espando el momento en que me ausento, tu rostro, radiante de alegría, me da las gracias involuntariamente cuando te anuncio un momento de libertad; tu impaciencia crece en gran manera á medida que tu esposo está más solícito, y llega á su colmo cuando las ocupaciones de la guerra me han permitido pasar veinte y cuatro horas á tu lado...

Los casi inarticulados acentos que exhaló una voz angelical no fueron suficientes á calmar la inquietud del impetuoso conde de Gijón.

II.

El sonido de una lúgubre campana repitió tres veces su eco por entre las cóncavas arcadas del castillo de Montiel, cuando una mujer, que oraba de rodillas ante una imagen del Criador, alzándose, se acercó á una ventana, y después de haber prestado el oído con atención, y segura ya de que ningún ruido se hacía sentir, tomó un cestillo, colocó en él una redoma con agua, un pan y otros alimentos, que indicaban ser los restos de lo que había servido ya á otra persona para el suyo; cogió en la mano izquierda algunas hilas y vendajes, y abriendo con precaución una pequeña puerta, bajó al jardín, por entre cuya espesura llegó á la capilla del castillo. Descorrió lentamente el enmohecido cerrojo, y en breves instantes sintió bajo sus plantas el frío mármol del pavimento. Casi al frente de la parte por donde había entrado la bella Isabel, se veía otra nave más pequeña, y en su fondo una puerta con esta inscripción:

QUIA DESFECERUNT SICUT FUMUS DIES MEI.

ps. 404.

Por esta puerta entró precipitadamente Isabel, y su primer movimiento fué arrojarle en los brazos de un joven, que apenas pudo incorporarse un tanto para recibir las caricias con que inundaba su rostro la tierna beldad.

— ¡Oh Manrique! ¡Manrique! ¡cuánto sufro por no poder vivir á tu lado, cuánto padezco, considerándote solo en este panteón, abandonado del mundo entero y hasta de mí misma!

— Calla, mi Isabel, ¡calla, ángel mío! no te aflijas por eso, no estoy solo, tengo siempre delante tu imagen y cuando estás ausente, la esperanza de verte y el placer de haberte visto me acompañan; aquí mismo, mis heridas son para mí un bien; veo en ellas tu mano caritativa; veo esas hilas sacadas por tus dedos y aplicadas con tanto cariño por tí misma: esta paja en que descanso, hace, del sepulcro que me sirve de cama, el más delicioso lecho, ¡tus delicados hombros recibieron su peso para traerla hasta aquí!...

— Guarda el silencio por Dios, le dijo Isabel, que puede hacerte daño.

Y empapando una esponja, humedecía con ella los ardientes labios del herido; la palidez de este hacia resaltar mas la negrura de su ondeante cabello y la hermosura de sus ojos... despues de un corto silencio, continuó Isabel :

— No he podido venir antes, el conde está receloso, y tu muerte seria cierta si llegase á descubrir tu retiro : implacable en sus odios, no perdona á ninguno haber seguido las banderas del infortunado Pedro, y mucho menos á tí que eres su enemigo personal...

Aquí llegaba, cuando el sonido de una puerta que se abria con estrépito la hizo lanzarse fuera del panteon.

III.

Apoyado en el tosco madero de una abierta ventana y cruzados ambos dos brazos sobre el pecho, estaba un hombre armado. Sus párpados se habian negado al sueño, á pesar de estar la noche en su último tercio, sus ojos vagaban descuidadamente entre sus órbitas; su vista indiferente miraba sin ver los elevados álamos pobladores del jardín que tenia delante de sí; ó bien recorria la inmensa bóveda celeste claveteada de brillantes, que lucian mas en la sombra producida por la ausencia de la luna; una lágrima sola que humedecía la doble pestaña del guerrero, hacia conocer, que ajeno á tantas bellezas, su alma percibia en aquel momento con distintos sonidos que los del cuerpo. Su arroboamiento fué turbado por el débil sonido, que al parecer hacia un cerrojo al descorrerse cautelosamente. Vuelta la vista hacia el lado de donde partia aquel ruido, creyó ver un objeto blanco delante de la capilla, y pocos instantes despues le vió desaparecer.

Esta vision, y mas el sonido que habia escuchado, le persuadieron que aquello no era efecto de su imaginacion, y corriendo apresuradamente, maldice la oscuridad que le impide encontrar salida á la espaciosa galeria que conduce al jardín. En muy poco tiempo atravesó este y se halló junto á la puerta donde habia visto la desaparicion del objeto de su curiosidad; quiere entrar, pero se detiene. No es el miedo el que le clava allí, sino un cierto presentimiento. Todo ocupado con las siniestras ideas que le atormentan, cree ver un enlace entre esta singular aventura y aquellas inquietudes, y sin confesárselo á sí mismo teme un desengaño; pero un murmullo vago que llega á sus oidos le decide al fin. Escucha mas atentamente; cree distinguir la voz de un hombre, y echando mano á la espada empuja con su mismo cuerpo la puerta. Un grito ronco salió de su pecho al reconocer á Isabel, que lanzándose de lo interior del panteon, le hizo ver en su fondo la figura de un jóven medio incorporado en su lecho.

La infeliz cae á sus piés sin fuerza casi para decir :

— ¡No le mateis!

El conde en la mas violenta agitacion le responde :

— ¡Traidora, y á tí con él!

Y atropellándola iba á entrar, cuando aquella, mas veloz que el rayo, voló á cerrar la puerta del panteon, pero era ya tarde : él estaba cerca del lecho del moribundo, sin que la infeliz hubiese podido hacer mas que cubrirle con su cuerpo. El pomo de la espada del furibundo bastardo resonó sobre el pecho de la desventurada mujer, al mismo tiempo que su punta, saliendo por la espalda del jóven, abrió un ancho paso por ambos lados á la sangre que sale en borboton; uno y otro dejaron de vivir sin proferir mas palabras que :

— ¡Hermano mio!...

— ¡Adios, querida Isabel!

Tan pronto como escuchara el conde estas frases, retirando el teñido hierro y lanzando un gemido doloroso, le hizo mil pedazos contra el duro mármol de un sepulcro.

F. F. DE C.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 939.)

La noticia de la marcha de M. Raby, marcha tan misteriosa como inesperada habia sido un golpe fatal para Mrs. Little.

La pobre viuda no habia vuelto en sí, y ahora en vez de consolar á su hijo y de sostener su valor, como habia hecho hasta entonces, era ella quien necesitaba apoyo.

Enrique cumplió este deber con un cariño filial.

Sin embargo, no conseguia reanimar del todo aquel corazon tan abatido, y tenia que ir á buscar consuelos al lado de Gracia Garden.

El amor de la jóven lejos de disminuir se aumentaba con el tiempo. Aconsejó á su amado que sin hacer caso de lo convenido la visitara dos veces por semana en lugar de una.

Enrique le dió parte de la nueva contienda con las Uniones, de cuyo asunto no habia dicho una palabra á su madre, y la jóven trataba de afianzar la esperanza del inventor, aun cuando por su parte tenia muy poca.

Un dia Enrique encontró á Gracia muy preocupada porque habia visto el anuncio de la posesion de Bollinghope.

La jóven le mostró el anuncio inserto en el *Liberal* de Hillsborough, sin disimular la tristeza que le causaba; mas á las palabras de sentimiento contestó Enrique :

— ¿Y qué puede importarnos?

— Á vos nada; pero á mí mucho, porque quizás soy causa de ese suceso.

Enrique replicó que el dinero, no el amor, habia motivado la resolucion de Coventry, y añadió con cierta amargura que deseaba no oír hablar mas de semejante personaje.

— ¡Dios mio! dijo Gracia, un tanto picada tambien, si os he hablado es porque he creido que entre nosotros todos los pensamientos deben ser comunes. Yo, esa es la idea que me formo de un cariño como el nuestro.

Gracia y Enrique se hallaban en los límites de una contienda; pero Enrique se detuvo y dijo con tono firme :

— Espero que llegará un dia en que no tendremos nada que ocultarnos, y entre tanto os suplico que evitemos ese asunto de conversacion.

Gracia no insistió y el incidente se desvaneció como una nubecilla en un cielo sereno.

La posesion de Bollinghope fué comprada en mas de lo que valia por un rico manufacturero, y M. Coventry pudo pagar todas sus deudas y se quedó con algunos centenares de libras y una parte de su patrimonio enteramente libre de hipotecas.

Así cayó del rango que ocupaba hasta entonces en la aristocracia territorial, pero le importaba poco, pues si habia tomado aquel partido era con el objeto de marcharse á vivir bien en Paris, lejos de su odioso rival y de la mujer que amaba.

Alquiló en Hillsborough dos modestos cuartos en donde metió los muebles y recuerdos de familia que queria conservar, y emprendió sus preparativos de viaje.

Se proporcionó una carta de crédito contra un banquero de Paris y corrió á la ciudad para hacer algunas compras.

Este último acto, tan sencillo en sí, tuvo gravísimas consecuencias.

Vieron y siguieron á M. Coventry en sus correrías y aquella misma noche, mientras ataba con sus propias manos una cajita que contenia valores, oyó ruido de pasos en la escalera y luego un golpe fuerte en su puerta.

M. Coventry con mucho disgusto dijo :

— Adelante.

La puerta se abrió y apareció Sam Cole.

— ¿Qué quereis? le preguntó Coventry de mal humor.

Sam Cole no era hombre susceptible.

— Hace tiempo que os busco, contestó; hoy os he visto y he venido á daros noticias que os interesan.

— ¿Qué noticias?

— Se trata del individuo que sabeis y cuyo nombre principia por una L...

— Llévele el diablo, no quiero ni aun oír hablar de él... Abandono esta tierra.

— Sin embargo, tengo que deciros cosas interesantes.

— Vamos á ver, decidlas.

— El hombre en cuestion se ha puesto otra vez mal con las Uniones. ¿Comprendeis?

— ¡Ah! exclamó el gentleman, sentaos, Cole, y contadme lo que ocurre.

Cole refirió las nuevas disidencias que habian surgido entre la Union y la sociedad Bolt y Little, y añadió que como las amenazas no habian tenido efecto, probablemente se entraria muy luego en la ejecucion.

— ¿Y vos sereis el encargado?

— Siempre que hay que desempeñar una mision peligrosa, estoy seguro de que la Union me honra con su confianza.

M. Coventry echó una mirada á su equipaje y otra á Sam Cole. Una voz secreta le decia : « Márchate; » pero esta vez fué sofocada por otra mas imperiosa.

Al cabo de un instante de vacilacion, el gentleman dijo á Cole que aplazaria su viaje y le encargó que le tuviera al corriente de lo que pasara.

Desde aquel dia Coventry llevó la vida del malhechor; no salia mas que de noche y disfrazado de obrero.

Una nueva pretension en forma de robo, sobrevino contra Bolt y Little; pero esta vez en lugar de las correas desaparecieron ciertas piezas de la maquinaria que tuvo que quedarse en reposo.

M. Bolt se exasperó hasta el sumo.

Sin embargo, á las diez de la mañana le llamaron con el contramaestre á las casas consistoriales y allí encontró los objetos que faltaban, así como tambien al culpable que era justamente uno de los obreros que tan caro pagaba para que dirigieran las tales máquinas.

Ransome habia practicado un agujero en el techo del taller para observar lo que pasaba, y así pudo descubrir al ladron, seguirle y ponerle preso con los objetos robados que le encontraron encima.

El magistrado le ofreció un jurado que él declinó, y entonces le juzgaron sumariamente y salió condenado á medio año de cárcel.

Como por razones fáciles de adivinar el constable no reveló el medio que habia empleado para descubrir al delincuente, resultó de este hecho una especie de temor misterioso muy saludable.

Los ejecutores de aquellas maniobras hubieron de comprender que ya no quedarian impunes como antes y que la astucia lucharía con la astucia.

Desgraciadamente, los que dirigian la Union de los afladores de sierras, exasperados por aquel contratiempo de escasa importancia, y creyendo ó fingiendo creer que estaba amenazada su industria, juraron que apelarían á golpes mas serios.

Little recibió una carta en la que le decian que él era mas culpable que un tal Brinsley, victima reciente de las venganzas de la Union, y en que le amenazaban implícitamente con la misma suerte.

« Sois un hombre práctico, decia la carta. A vuestro juicio, ¿cuál de vos ó de la Union debe morir primero? Si no quereis dejarnos vivir, ¿por qué hemos de ser con vos menos implacables? »

La misma amenaza recibió Bolt; pero no hizo caso y se contentó con entregar las cartas á M. Ransome.

Enrique, menos firme, se asustó, y en un momento de debilidad confesó á su madre que de nuevo se hallaba en guerra con las Uniones.

El golpe fué terrible para la pobre viuda, ya tan abatida.

El doctor Amboyne intervino y dijo á Enrique que la salud de su madre le inspiraba los mas serios temores y que era preciso librarla cuanto antes de aquellas continuas ansiedades, sin lo cual no respondia de nada.

Por sus consejos Enrique se llevó á su madre al pais de Gales á casa de una anciana parienta de su padre, y volvió á su trabajo y á sus pesares, á los cuales se añadía ahora el de la soledad. Ya no tenia á la vista aquel semblante amado, ni aquel ojo maternal tan vigilante, ni aquella dulce voz que le consolaba.

Una noche que estaba solo con sus tristes pensamientos, la criada entró á decirle que una jóven preguntaba por Mrs. Little.

Enrique se levantó para recibirla y con sorpresa vió que era Jael Dence.

Little la contó todas sus desgracias, y Jael despues de consolarle, le dijo que tambien ella tenia sus pesares.

— ¿Qué teneis pues? le preguntó Enrique; sentaos, que os harán una taza de té.

La jóven obedeció sonrojándose, pero dijo que no se atrevia á hablar de sus dolores en una casa afligida.

Enrique insistió y la buena Jael contó sus tribulaciones en su lenguaje de costumbre.

— Todo el mal proviene, dijo, de que mi hermana se ha casado con Phil Davis. A decir verdad, yo fui á la iglesia con el corazon oprimido, porque sus apellidos comenzaban con la misma letra, Dence y Davis... y hay un proverbio que dice que esta coincidencia es señal de desgracia...

« Con efecto, todo desde entonces salió al revés.

» Primeramente el ministro no quiso dar el ósculo de uso á la novia.

» No sé si no se atrevió ó si no conocia el uso no siendo del pais; en suma, mi pobre hermana se quedó cortada con la afrenta que la hacian.

» Yo tuve que empujarla y decirle su obligacion al pobre ministro.

» Despues hubo otra porcion de cosas de mal agüero... Phil Davis era aficionado á la botella como ya sabeis, y desde su enlace la aficion ha ido en aumento. En las casas de los labradores como nosotros no se mira á la cerveza, y así era que aquel borracho bebia que era un portento. En vano predicaba yo; además, Patty le defendia.

» Una noche que estábamos tomando el té, Phil Davis llegó completamente ébrio y diciendo una porcion de tonterías. Dijo que se habia engañado casándose con Patty, porque era á mí á quien amaba. Creí que era una broma; pero mi hermana, que lo tomó por lo serio, soltó un grito como si la hubieran clavado un puñal en el corazon.

» Mi sangre hervia.

» — ¡Miserable borracho! le dije, eso que acabais de decir es una injuria para mi hermana y para mí.

» Estaba rabiosa. De un empujon le arrojé del cuarto y tan fuerte que rodó por la escalera cabeza abajo.

» Entonces se armó una buena.

» Patty se puso furiosa contra mí y mi padre lo mismo... y yo lo que hice fué darles mi bendicion, diciéndoles que no me volverian á ver... Dejé la casa en donde habia nacido... y todo porque mi hermana no cambió de inicial cuando se casó...

Aquí Jael se interrumpió, porque los sollozos la cortaron la palabra.

Enrique trató de calmarla.

— ¿Y qué pensais hacer? le preguntó.

Jael no lo sabia.

Tenia algunos ahorros y luego era mujer á quien no la asustaba el trabajo.

Sin embargo, habia venido para pedir consejo á Mrs. Little, y la ausencia de la buena señora la tenia apurada.

— ¿Quereis quedaros en mi casa hasta que vuelva Mrs. Little? le preguntó Enrique.

— No estaria bien, respondiéndole sonrojándose; pero si quereis emplearme en vuestra fábrica os ofrezco mis servicios, una amiga de toda confianza no estará de mas en medio de tantos enemigos como os rodean.

Enrique aceptó gustoso la proposicion.

Jael podia hacerse útil de muchas maneras: podia afilar las piezas menudas, vigilar, empaquetar ó impedir que charlasen y perdiesen tiempo las mujeres.

Concluyeron el trato.

Jael se hospedó en una casa de una prima domicilia-

da en Hillsborough y ocupó un empleo de confianza en la fábrica Bolt y Little.

Vigilaba y hacia los embalajes, por lo cual recibía 30 chelines por semana.

La primera vez que cobró su salario la honrada aldeana creyó que era mucho.

— Pues si permanecéis aquí tres meses, tendréis un aumento, contestó Bayne.

— ¡Un aumento! repitió con asombro; ¿en ese caso de qué se quejan los obreros?

Enrique contó á Gracia lo ocurrido con Jael, y la jóven se alegró y dijo que era una vigilanta de primer orden.

Miss Garden no se engañaba. Jael no tardó en descubrir que Enrique corría peligro, porque nada se escapaba á su vigilancia, todo lo veía y lo escuchaba, y su lengua funcionaba tan poco, que se habría podido creer que era muda.

Sin embargo, sus cuidados y los de Ransome impidieron que se repitieran los ataques. La maquinaria solía desgobernarse, por accidente, decían los obreros, pero no engañaban á nadie.

No robaban ya las correas, pero las cortaban en muchos pedazos.

Otra vez saltaba una caldera; parecía que había caído una maldición sobre aquella fábrica.

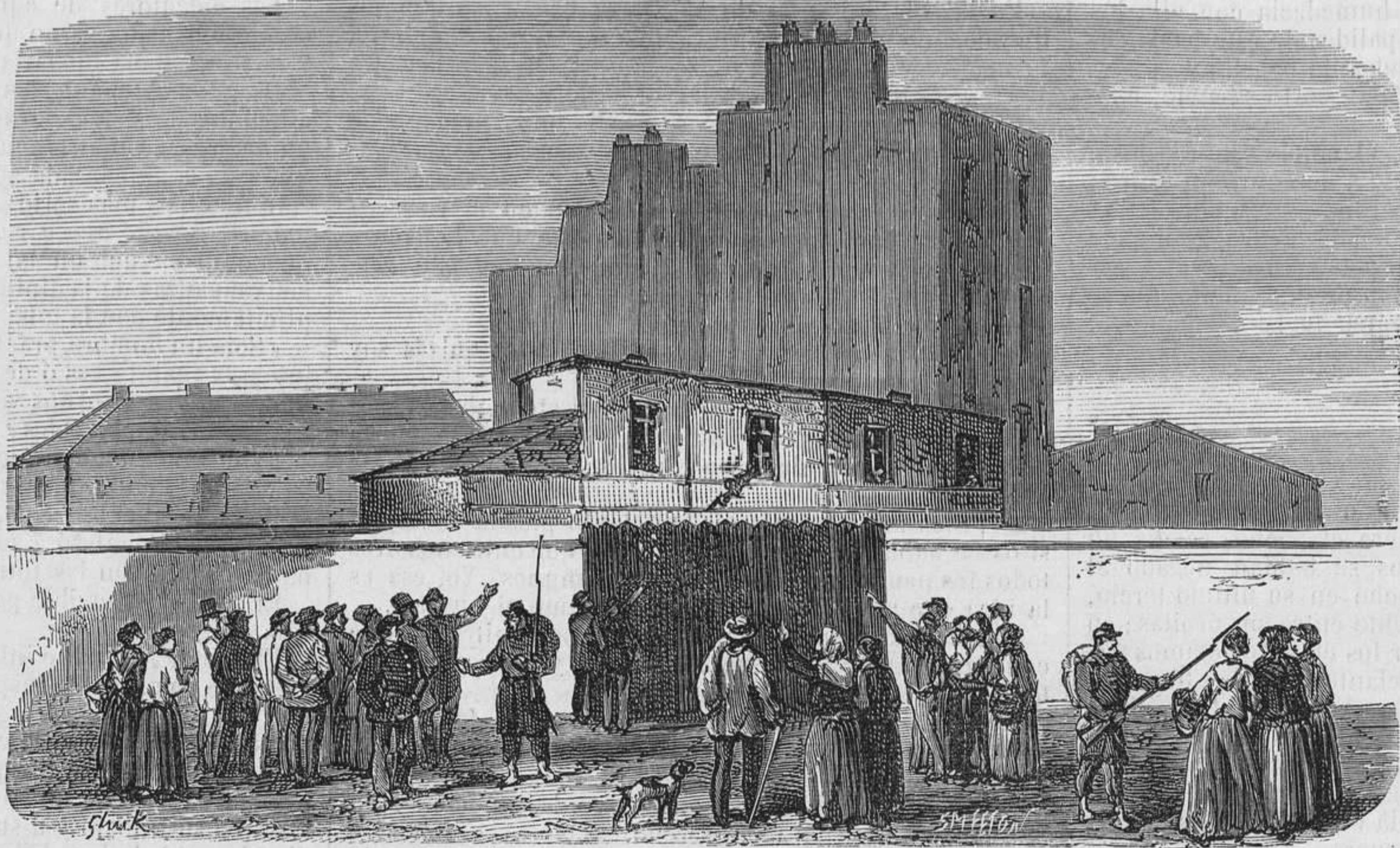
Para que nadie se pudiera equivocar sobre el origen de tales percances, á cada uno de ellos seguía una carta anónima, por lo comun dirigida á Little. Con algunas frases daremos á conocer el espíritu que dictaba tales epístolas.

PRIMERA CARTA.

Esta es una advertencia amistosa para salvar vuestra vida, si es posible.

SEGUNDA CARTA.

No suelto nunca mi presa. Lucho hasta la muerte. Soy mas fuerte y astuto que Bolt y Ransome, los cuales, si persistís, no podrán libraros de mi venganza. Pregunad á otros si he faltado jamás á mis promesas.



BOMBARDEO DE PARIS. — Casa de la calle Daguerre, donde cayó la primera bomba prusiana.

TERCERA CARTA.

No tengo mas que levantar un dedo para enviaros al otro mundo.

Enrique Little se descorazonaba cada dia mas.

Entre tanto Cole conferenciaba con M. Coventry y le daba parte del estado de las cosas.

El malvado no podía comprender la longanimidad de la Union.

— Grotait se vuelve paciente, decia, no dará él la orden de quemar Sebastopol.

— Pues hay que hacerlo sin él, contestaba el gentleman.

Cole meneó la cabeza. No se atrevió á obrar por su cuenta sin órdenes terminantes; pero tenia un compañero menos escrupuloso y menos dependiente de Grotait, que quizás lo haria.

— ¿Cuánto dariais? preguntó á Coventry.

— Es preciso saber hasta dónde llegaría vuestro amigo.

— Se lo preguntaré.

El dia siguiente á la hora en que comen los obreros, Cole, con aire indiferente se encaminó á la fábrica de Little, en donde conocía á un individuo mal afamado, llamado Hill, menos aficionado al trabajo que á las huelgas y á las fechorías, y que pasaba por ser uno de los ejecutores mas osados de las altas obras de la Union.

Cole y su amigo hablaron un rato en voz baja, pero no concluyeron nada, porque Hill juzgó que el asunto merecía reflexionarse y aplazó la respuesta al dia siguiente.

El coloquio de aquellos dos hombres llamó la atencion de Jael, que conociendo á todo el personal de la casa, notó la presencia del extraño.

Así fué que se halló al paso de Cole cuando este salia y se estremeció al verle de cerca.

Cole no la conoció al pronto, pero recelando un peligro en aquella mirada escudriñadora echó á correr, y aunque Jael mandó á dos hombres que le persiguieran, nadie se movió: todos presentian algun asunto con la Union.

Jael advirtió á Enrique que el hombre del ataque de Cairnhope, el mismo que se había escapado de Raby-hall, andaba rondando por

la fábrica y había conversado largo rato con el obrero Hill.

M. Ransome, advertido aquella misma noche, pasó por la fábrica y le hablaron de Cole.

Todas estas precauciones no le parecieron suficientes á Jael, y desde aquel momento vigiló á Hill como un gato espía á un raton.

Siguió sus pasos por todas partes, y como un agente de policia no perdió uno solo de sus movimientos.

(Se continuará.)

Los primeros destrozos del bombardeo.

Al cabo de un sitio de mas de tres meses, dice el *Journal officiel*, el enemigo ha empezado el bombardeo de nuestros fuertes el 30 de diciembre, y seis dias despues el de la ciudad. Una lluvia de proyectiles, algunos de 94 kilogramos, que aparecen por primera vez en la historia de los sitios, ha sido lanzada sobre la parte de Paris que se extiende desde los Inválidos hasta el Museo. El fuego ha continuado noche y dia sin interrupcion, con



Casa de la calle Soufflot destrizada por una bomba.



Explosion de una bomba delante del museo de Cluny.

tal violencia, que en la noche del 8 al 9 de enero, la parte de la ciudad situada entre San Sulpicio y el Odeon recibia un obus por cada intervalo de dos minutos.

Todo ha sido alcanzado: nuestros hospitales llenos de heridos, nuestras ambulancias, nuestras escuelas, los museos y bibliotecas, las cárceles, la iglesia de San Sulpicio, de la Sorbonne y del Val-de-Grace, y un cierto número de casas particulares. Han sido muertas mujeres en las calles, otras en el lecho; algunos niños han sido heridos en los brazos de sus madres. En una escuela de la calle de Vaugirard ha habido cinco niños muertos y cinco heridos por un solo proyectil.

El museo del Luxemburgo, que contiene las obras maestras del arte moderno, y el jardín, en que se encontraba una ambulancia, que fué necesario evacuar precipitadamente, ha recibido veinte obuses en algunas horas. Los famosos invernaderos del museo, que no tenían rivales en el mundo, están destruidos. En el Val-de-Grace, durante la noche, dos heridos, uno guardia nacional, han sido muertos en sus lechos. Este hospital, que se puede reconocer á una distancia de varias leguas, por su cúpula, que todo el mundo conoce, tiene las señales del bombardeo en sus patios, en las salas de enfermos, en su iglesia cuya cornisa ha volado.

Ninguna advertencia ha precedido á este furioso ataque. Paris se ha encontrado de pronto transformado en campo de batalla, y declaramos con orgullo que las mujeres se han mostrado tan intrépidas como los ciudadanos. Todo el mundo se ha sentido conmovido de rabia, pero nadie de miedo.

Tales son los actos del ejército prusiano y de su rey, presente en medio de él. El gobierno los confirma para la Francia, para la Europa y para la historia.

El ministro de Negocios extranjeros ha enviado á nuestros agentes diplomáticos una protesta del gobierno de la defensa nacional contra el bombardeo de la ciudad de Paris. Esta protesta debe comunicarse á los representantes de los gabinetes europeos.

Los mártires

DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL.

Vamos á hablar aquí á nuestros lectores de una inspiración patriótica, cual es el proyecto de monumento formado por M. Chatrousse, que representa sobre un mismo pedestal á Vercingetorix y á Juana de Arco, dándose la mano y con los pies reunidos por medio de cadenas rotas.

El héroe galo cubierto con un pellejo sobre una túnica corta y que lleva en la cabeza un casco con alas, tiene la mano izquierda en el puño de su espada.

Juana de Arco enarbola su estandarte y levanta al cielo su rostro, en el que se pinta un radiante entusiasmo.

Este hermoso grupo, bien compuesto y de un carácter grandioso y monumental, reúne en la doble margen de la antigua Galia y de la Francia que renace, la idea de la independencia nacional.

Con efecto, era imposible personificarla mejor que mediante la simbólica alianza de esas dos gran-

des y nobles figuras que aparecen en la historia.

Vercingetorix, el héroe de Auvernia, la Galia hecha hombre, el vencedor de Gergovia, el glorioso vencido de Alesia, de aquella Alesia que cercada por las legiones romanas, como hoy lo está Paris por las hordas atemanas, soportó como Paris el hambre y las torturas de un sitio prolongado, esperando un ejército de socorro que llegó cuando era tarde ya.

Preciso fué rendirse al cabo de una lucha muy en-

El romano no se mostró mas generoso que se mostraria el Atila prusiano. Le llenó de injurias, le entregó á sus lictores y le envió á las prisiones de Roma. La sangre de Vercingetorix, degollado seis años despues en las crueles pompas de un triunfo, estampó una mancha de infamia en el mármol de César.

Empero Vercingetorix no es mas que el héroe de la Galia, en tanto que Juana de Arco es el ángel de la Francia, la Patria encarnada bajo la adorable figura de una doncella mártir. Mas que nunca debe revivir hoy y reanimarse el culto de la jóven que tomó las armas por tan santa causa. La Francia habia caído mas profundamente que en el dia, estaba desmembrada, muerta en apariencia; Juana de Arco apareció al borde de su tumba y con su arrojo sublime la resucitó. La invasión prusiana está profanando actualmente su heroico itinerario. Se encuentra en Orleans, en Reims, en Ruan, en Compiègne, al frente de Paris á la sazón entregado á los ingleses y que ella asedió para libertarle. La fe que la animaba á ella hará siempre milagros, y así debe tenerlo entendido el país de Juana de Arco.

P. DE S. V.

De Villahermosa

Á LA CHINA.

(Continuacion.)

El semblante admirablemente bello de aquella jóven tan misteriosamente desgraciada, trasfigurado por la muerte en el sueño de su ataud, parecia responder con expresion de celestial delicia á las ternuras de un esposo invisible y sonreirse con un gesto de bondad adorable, de las pasiones, de las tormentas y de las vanidades de la vida...

Javier salió del templo con Sofia, para acompañarla hasta los cercanos umbrales de su morada, y delante de aquel escaño donde los dos se habian sentado, quedaba Pablo el Triste, llorando y rezando fervorosamente de rodillas.

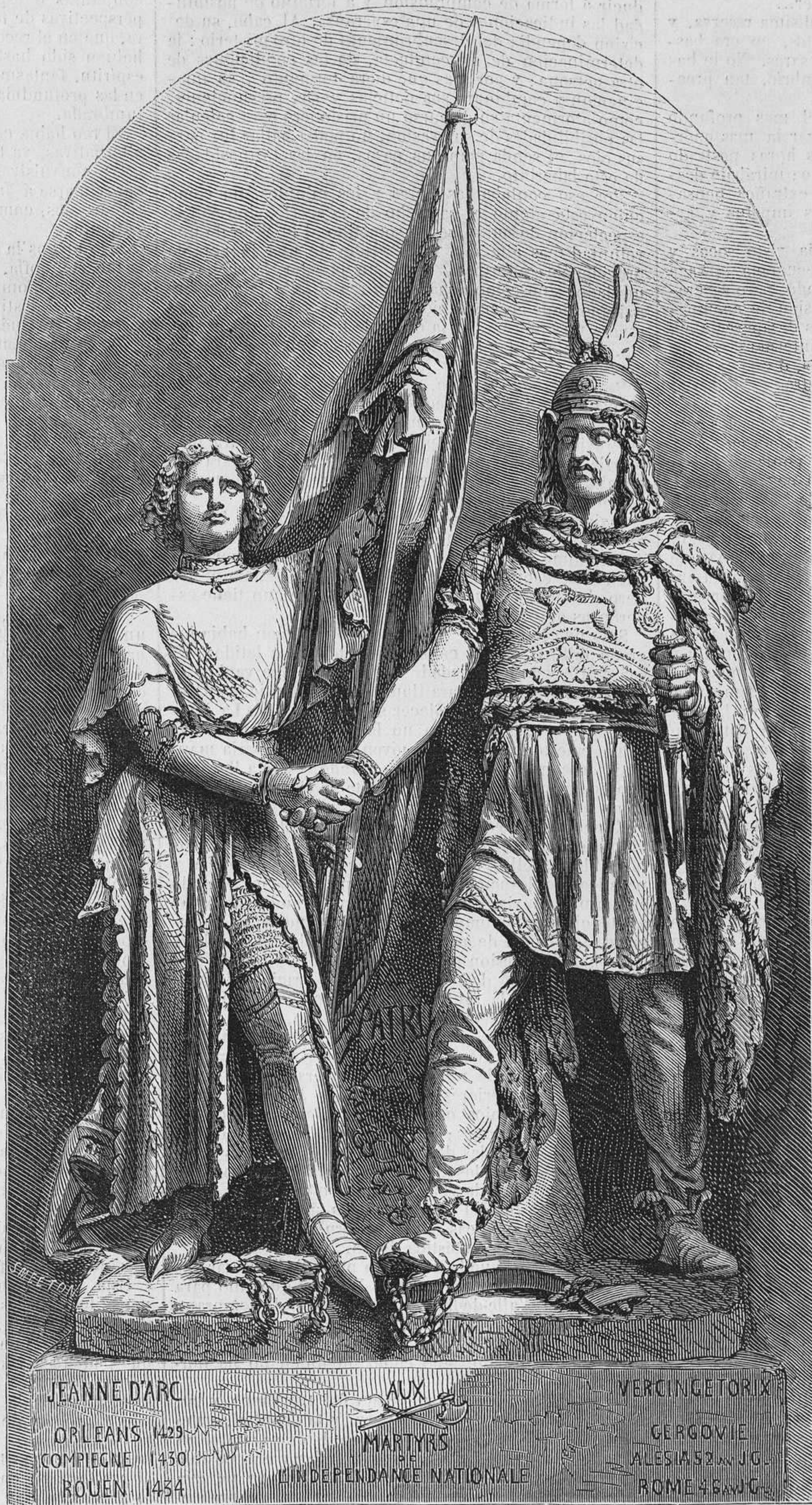
VI.

Tres dias despues de aquellas pláticas y de aquella convenida promesa, se vió á Javier en una ciudad marítima, no muy distante del lugar donde han pasado las anteriores escenas. Enrique le acompañaba. No le era conocido el verdadero motivo de esta excursion, pero todo le inducia á pensar que su amigo se preparaba de nuevo para una larga ausencia. Una fragata surta en el puerto, hacia entonces sus aprestos para un viaje de circunnavegacion y fueron á visitarla los dos juntos.

Recibieron á Javier al aproximarse á su bordo, empavesado el buque y con los honores de un rey; acogiéronle sobre el puente como á un dios, y jefes y tripulacion se arrodillaron á sus pies ó le estrecharon en sus brazos como á un padre... Era aquella la nave que no mucho antes habia salvado del naufragio y del incendio; eran los

hombres que ya por dos veces le debian la honra y la vida.

Encerróse Javier á solas con el comandante por gran espacio de tiempo, y al salir de la cámara y al ordenar los honores de despedida, cada vez con mayores muestras de consideracion y ceremonias de mas alto respeto, la noble fisonomía del marino rebosaba de indecible alegría, como si en aquella conferencia hubiera recibido nuevas de grande satisfaccion y de placentera esperanza.



Los mártires de la independencia nacional, grupo de Chatrousse.

carnizada, y entonces Vercingetorix se sacrificó á la salvacion de su pueblo.

Cubierto de magníficas armas, adornado como una victima expiatoria, montó en su caballo de batalla, bajó las escarpadas cuestas de la ciudad y se lanzó en derechura al galope hasta el tribunal de César, en cuyo derredor dió una vuelta y arrojó despues á los pies del vencedor la espada, su venablo y su lanza, sin decir una palabra.

Otros tres días después de la visita al puerto, los dos amigos recorrían las calles y contornos de una ciudad del interior, donde Javier había pasado algunos años de su más temprana juventud. Acompañábale Enrique á visitar aquellos edificios, monumentos y lugares, que sin duda tenían vivos encantos ú hondas tristezas de recuerdo para el corazón de su amigo.

No podía siempre distinguirlo, no podía darse cuenta de si el interés con que parecía recorrer aquellos parajes era el indefinible sentimiento que nos infunde el aspecto de los sitios que no hemos visto desde nuestros primeros años, ó bien aquella mirada profundamente melancólica que consagramos á lugares queridos, cuando nunca más los hemos de volver á ver...

Javier guardaba su habitual profundísima reserva, y si Enrique podía entrever sus proyectos, no era bastante perspicaz para profundizar sus pesares. No le había visto nunca tan taciturno, tan sombrío, tan preocupado.

Parecía una vez sumido en el más profundo abatimiento; de repente le veía desplegar la más enérgica actividad. Contemplábale muchas horas postrado y adormecido en un letárgico desmayo; mirábale despertando de improviso, acometido de extraños pensamientos de inquietud y de arrebatados ímpetus y arranques de exaltación y entusiasmo.

A sus ojos, que casi siempre había visto secos y vidriosos, asomábase con desusada frecuencia la vaga humedad del llanto, de repente agolpado, pero severamente reprimido. Unas veces tenía ocasión de acompañarle á todas partes; por muchas horas desaparecía enteramente de sus ojos, como si se internara en los bosques sombríos de aquellos contornos, ó que se hundiera en los solitarios vastísimos claustros de aquellos abandonados monasterios...

Hasta su figura presentaba más pronunciados los contrastes de la edad y doble carácter que daban en rostro á todos los que le miraban. Cuando se ponía en movimiento, ó que su semblante se animaba con la energía del pensamiento y con la elocuencia de la palabra, en la agilidad de su acción, en la vibración de su voz, en las modulaciones de su sonoro acento, en la expresión de su viva y ardiente mirada, y en el aire y ademán de su arrogante cabeza, revelábase, juvenil todavía, el ardor concentrado y poderoso de una virilidad enérgica; pero cuando se le contemplaba en la inmovilidad de sus meditaciones profundas, ó abismado en la tristeza de sus acerbadas memorias, la palidez de su rostro, enjuto y curtido, el hundimiento de sus ojos, las profundas arrugas de su espaciosa frente y los raros blanquísimos mechones de su cabello raído daban de seguro á la fisonomía de aquel hombre, que apenas había cumplido cuarenta años, el aspecto de un anciano de sesenta.

La principal y más importante visita de los días que se detuvieron en aquella ciudad, fué consagrada al prelado de la diócesis, varón insigne en santidad y letras, esclarecido en virtudes y probado en adversidades; anciano hermoso, benigno y venerable, que llevó el sayal del cenobita bajo la dorada muceta del episcopado, y la lengua blanquísimas barba de su regla bajo el sombrero verde de su gerarquía.

A la presencia de aquel varón eminente, prosternóse Javier de rodillas; el anciano apóstol le levantó casi en sus brazos y le llevó á su más retirado aposento, donde pasó á solas entre ambos una conferencia de más de dos horas.

Enrique había quedado esperando á su amigo con los sacerdotes que asistían al prelado, y terminada la plática, el anciano arzobispo volvió en su compañía, cruzando el vasto salón de su cámara, para recibir los respetos de Enrique y darles á ambos la bendición postrera de sus manos. Despidiólos con ella solemnemente en lo alto de la escalera principal; y al recibirla arrodillados, el prelado puso en manos de Javier un libro, una caja, y un rollo de papeles y pergaminos. Creyó Enrique percibir en aquel momento una extraña serenidad y desusado júbilo en la fisonomía de su compañero, y que en su rostro, si bien excesivamente pálido, resplandecía un mirar de infinita dulzura y un aire de imponente majestad.

Por el contrario, el prelado mostróse casi lloroso, trémulo y contristado, y al encorvar su frente para darle la bendición de despedida, pareció tenderle los brazos con el adiós de un padre amoroso, que piensa no volver á ver al hijo que se va...

Saliendo del palacio arzobispal, atravesaron la inmensa basílica, que alza á su lado sus altísimas y afligranadas torres, y pasaron todo lo que quedaba de día, orando devotamente á los pies del altar mayor de aquel antiguo majestuoso templo, de aquel venerado inmemorial santuario.

Seis días después era la mañana destinada y convenida para que Sofía cumpliera su promesa de acudir á la entrevista de Valle-de-flores. No había pasado por su imaginación en todo aquel tiempo un solo pensamiento de duda ni un asomo de perplejidad acerca de dilatar ó resistir el cumplimiento de su empeño.

Aquejábala más bien un sentimiento de impaciencia por ver llegar el término de tan suspirado día. Porque si la resignación y abatimiento en que parecía postrada, después de las agitaciones de aquella tremenda noche, la mantenían en una necesidad consentida de realizar su extraño propósito, que no dejaba lugar á la menor inquietud; si el abandono y cesión de su voluntad habían producido en su ánimo una sensación desconocida de descanso, que aunque alguna vez pudiera creerse la aceptación ciega de una irremediable fatalidad, revestía con más frecuencia el carácter consolador y animoso de

una religiosa confianza en la bondad y en la Providencia divina, también era fácil observar que en la esperanza de aquel día, más bien había logrado aturdirse y adormecerse que tranquilizarse, y que durante la expectación de este plazo su corazón había vivido una vida entera de extrañas angustias y de cavilaciones infinitas.

Porque, en fin, aquella mujer, que lo había prometido todo, no estaba segura de nada. Había respondido de fijar el destino de su vida y de decidir irrevocablemente de su suerte, pero ni acerca de aquel porvenir, ni acerca de la perspectiva misteriosa de aquella desconocida existencia, había podido su razón coordinar un solo pensamiento, ni seguir el hilo de una conjetura, ni reducir á forma de comprensión y á término de posibilidad las indicaciones de una esperanza. Al cabo, su decisión dependía del descubrimiento de otro misterio: la determinación de su conducta, de las condiciones de otra persona; y por más que diera tormento á su imaginación y combinara sus noticias y sus presunciones, como atormenta su discurso un prisionero para calcular las posibilidades de su evasión, no podía hallar luz para sus ojos, ni senda para sus pasos, en las tortuosidades de este laberinto.

Por eso contaba las horas y los minutos, no como quien está atento al capricho de la suerte, sino con la expectación de quien se ha sometido al imperio de una voluntad mas alta ó á la prevision de una inexorable providencia; no espera, como un jugador, la vuelta de un dado, sino como aguarda un reo el fallo de un tribunal que tiene en sus labios la muerte y la vida; como espera un enfermo, en la crisis de una gravísima dolencia, la palabra fatal ó consoladora de un oráculo de la medicina.

Pero al mismo tiempo, no es capaz de concebir ni se atreve á imaginar el efecto que aquella palabra, golpe aleatorio de la suerte, oráculo de la fatalidad ó fallo de la Providencia, haya de producir en su alma, para inspirarla la revelación de una felicidad posible ó para determinar el logro de una muerte segura, ó la aceptación de un martirio sin fin, pero sin incertidumbre.

Javier había adivinado bien; había leído en lo más recóndito de su espíritu, ó interpretado las disposiciones de su ánimo. Los veinte días fueron crueles; fueron la angustiosa capilla de un sentenciado que ignora el género de suplicio que se le destina, y que aun tiene esperanzas de perdón...

Solo una esencial y profunda modificación había logrado mitigar en su corazón los dolorosos latidos del sobresalto y de la ansiedad. La religión había venido en su ayuda, ya que no para iluminar las previsiones de su esperanza, sí, para fortalecer su conformidad. La imagen de la cruz del abismo no la había abandonado; la calma celeste de la difunta joven parecía haberla magnetizado con el sueño de otro mundo, y creía llevar la bendición muda de sus manos estampada en el pecho, como un santo escapulario.

Era el reo sentenciado, sí, pero fortificado por los divinos consuelos para el trance amargo, pasando muchas horas de aquellos días en ejercicios de penitencia y prácticas de devoción; era el antiguo campeón, velando sus armas en vigiliadas de rezo, ó implorando la divina asistencia para su empresa en mortificaciones de austeridad. La víspera de aquel día había hecho en la iglesia de la aldea confesión con su párroco, y con toda la devoción que le fué dado obtener de la gracia del cielo, había asistido á la santa mesa de la comunión eucarística, que pareció recibir como un Viático.

Pero el síntoma más consolador, extraordinario y nuevo de la crisis por donde al parecer pasaba en este plazo, el corazón de nuestra heroína, era que ni aquel día ni en los anteriores, la imagen de Javier se había presentado á sus ojos con el formidable aparato de sus antiguas alucinaciones; que á ninguna hora, las orillas del río, ni las veredas del campo, ni las sombras de la frondosa colina, ni los alrededores de la iglesia sombría le habían puesto á la vista, como en otro tiempo, entre los visos de la luz del día ó entre las siluetas de la noche, las líneas mágicas ó los contornos iluminados de aquella misteriosa fantástica figura.

Sin embargo, aquella noche no pudo Sofía cerrar los ojos al sueño... Por la mañana Enrique que vino para conducirla á Valle-de-flores, la encontró de temprano vestida y ataviada, como para ir al templo serena y hermosa, pero pálida y con los ojos cargados, no como de quien ha llorado, sino como de quien no ha dormido.

La acogida que hizo á su primo fué tan digna y tan decorosa, pero tan dulce, tan tierna y tan cordial, como le cumplía con un hombre de quien debía separarse en breve para siempre, pero á quien todavía era posible que se uniera en perpétua coyunda... Enrique parecía estar tiernamente conmovido, pero seriamente preocupado.

No pasaba por su imaginación ninguna sospecha de inquietud, ni por su corazón ningún presentimiento de incertidumbre; la intimidad y compañía con Javier durante aquellos días no le habían dejado duda alguna acerca del porvenir que se prometía y de la felicidad que le esperaba.

Reinaba, empero, en su tranquilo ademán y en su noble continente la melancólica ansiedad con que los corazones generosos ven llegar la realización de un sueño de deseo; y el aire modesto de reserva, tan natural á la caballerosa delicadeza de su carácter, velaba á los ojos de su prima la satisfacción y contento de lograr aquella por tanto tiempo disputada ventura.

Hubiérale parecido poco cortés mostrarse en esta ocasión arrogante ó presuntuoso, y Sofía tenía más de una

razón para agradecerle aquel pudor exquisito con que á ella se le tornaban fáciles los embarazos de una posición que Enrique no comprendía.

Pero á medida que se adelantaban los pasos de Sofía hacía el misterioso término de su irresolución y al ignorado desenlace de su temerario compromiso, el abandono con que se había entregado á la suerte, ó la confianza con que se había resignado á la Providencia, iban dando lugar en su corazón amedrentado á la invasión de un recelo pavoroso.

La proximidad del lugar y de la hora venían á poner en contacto con la realidad de los hechos y con las condiciones materiales de la existencia, todas aquellas conjeturas ó esperanzas, propósitos ó incertidumbres, perspectivas de felicidad ó probabilidades de desventura, que en el recogimiento de su habitación solitaria no habían sido hasta entonces más que cavilaciones del espíritu, fantasmas vistos á la luz parda de los ensueños en las profundidades de la imaginación, todavía desalumbrada.

El reo había contemplado la hora del suplicio en las alternativas, ya tranquilas y religiosas, ya calenturientas y convulsivas, del vértigo de la capilla; pero al aproximarse á Valle-de-flores, la vista de sus muros hería sus ojos, como el aspecto, siempre sorprendente, del patíbulo.

A lo menos la agonía del sentenciado es la certeza de la muerte, Sofía, aproximándose al religioso recinto y al fatídico momento, luchaba todavía con la incertidumbre del destino de la vida... ¿Qué es lo que va á hacer allí? ¿Qué palabra va á empeñar?... ¿Qué compromiso va á contraer? ¿Qué posición va á adquirir? ¿Con qué juramentos se va á ligar? ¿Y cuál va á ser desde luego y en el instante mismo, su carácter y representación moral ante los espectadores y testigos convocados para aquella solemne ceremonia?...

De ninguna manera acierta á decirse, ni apenas se atreve á someterlo á la consideración de su propio espíritu. Todas las explicaciones que se propone la estreñecen, todas las respuestas que se da la espantan. Se le presentan en aquel momento todas las cuestiones de su vida y todas las dudas de su conciencia, como si nunca en ellas hubiera cavilado y combatido. Parecía que por primera vez nacían: era que nunca habían sido resueltas.

Ve siempre en la aceptación de la mano de Enrique una impostura que la subleva, un sacrificio que la anonada, un heroísmo ante cuya grandeza sus alientos se desmayan y sus fuerzas se rinden... ¡El claustro!... el claustro no es menos sagrado ante sus ojos que el hogar doméstico... y aquella alma tierna y sincera, que tenía bastante delicadeza en su piedad para no buscar solamente en la reclusión un abrigo contra la curiosidad y el desprecio del mundo, sino para poner su alma en la presencia y comunicación de Dios, no podía creer que en el santuario del amor divino le era dado presentarse menos pura é inmaculada que en el tálamo de los desposorios terrenos...

Quedábale la soledad de la vida cuyo término sin amor y sin Dios, ya sabía que era en el mundo la demencia y el suicidio, y mas allá del mundo la condenación. Y quedábale aun, limitando el horizonte de sus esperanzas, como cerraba el Océano el semicírculo de montañas que tenía en derredor de los ojos, aquella otra nebulosa perspectiva que, tras misterios incomprensibles y fatídicos anuncios de perdición y ruina, le había hecho Javier columbrar en lo que él llamaba seguir su suerte y someterse á las condiciones de su existencia... ¡Oh!... no... Sofía no puede concebir el crimen, ni la infamia, ni la deshonra.

Sobre todo, no lo puede concebir con el amor, con la compañía ni con el alma de un hombre que nunca adoró con tan elevado entusiasmo como en aquel instante; que nunca adoró con tan elevado entusiasmo como en aquel instante; que nunca se le había representado con mayor grandeza de prestigio, como trasfigurado entonces en la visión estática y en la comunicación angélica de su última conferencia... ¡Oh! no... con aquel hombre no pueden darse relaciones de crimen, ni vínculos de infamia, ni condiciones de deshonra...

Está ya tan encumbrado para ella, que con él no puede haber lazos de sangre, ni caricias de placer, ni deseos de pasión... ¡Ah! ni tálamo, ni hogar, ni compañía ni servidumbre... Momentos hay en que le parece que pudiera dar la mano á otro esposo, y señalándole á Javier, decirle: «Le amo;» que pudiera arrodillarse ante el altar de la penitencia, diciendo al cielo: «Le adoro...» Pero de repente se le figura también que en la contemplación de aquel ser privilegiado, el beso más casto de otro mortal le parecería una profanación, y que al prosternarse en el santuario, no encontraría un afecto más grande en su corazón para decir á Dios: «Os amo de otra manera...»

Aterrada entonces, confundida, sin explicarse nada, sin prever nada, sin esperar nada, cayendo y tropezando su espíritu en abismos de contradicciones, y vagando á oscuras su conciencia en una selva enmarañada de intrincados juicios, en un laberinto de sendas de encontrados impulsos, levantaba los ojos al cielo por entre el espeso ramaje, y tan desorientada en su razón como rendida y quebrantada en su fortaleza, repetía en su pensamiento aquella palabra de humillación y sacrificio.

— Solo Dios tiene la salvación, cuando no tiene el alma remedio... Que Dios me salve y venga en mi ayuda cuando fugitiva de mi voluntad y renunciando á mi propia conciencia, acudo á buscar en su templo el amparo de su providencia y el fallo de su justicia...

Entraba entonces en la iglesia... Allí estaría Dios... Pero cuando hubo traspasado los umbrales del santo vestíbulo, y se franquearon á su paso las mamparas de los entallados cancelos; cuando hubo respirado el aroma de bálsamo y cera que se difundía del santuario, y dió en sus ojos el brillo que esparcían las pálidas antorchas de los engalanados altares; cuando del coro lateral de la capilla mayor oyó elevarse los preludios del órgano, suavísimamente tocado y recorriendo con miradas de ansiedad veheméntísima la extensión de la nave, se encontró con los deudos de Enrique, con gran número de personas desconocidas, con multitud de aldeanos de aquellos contornos y con las religiosas del monasterio en las altas tribunas, comprendió llena de espanto, que no era todavía á Dios á quien había ido á buscar en el sagrado recinto, y que era nada más que un hombre, de quien esperaba la asistencia y el amparo la posibilidad de la salvación y la certidumbre de su destino...

Y aquel hombre no está allí... El que había prometido salirle al encuentro el primero, el que había de revelarle el arcano de su pasado y resolverle los misteriosos conflictos de su porvenir, no se presenta á sus ojos...

En vano dirige largas miradas por el ámbito de la concurrida iglesia; en vano, por instantes, van y vuelven de puerta á puerta sus ojos con el terror de la expectación desesperada; en vano con la frente contraída de espanto y con balbucientes desatentados monosílabos interroga al mismo Enrique, que solo le responde con el mudo ademán de su propia extrañeza.

En vano, por un esfuerzo supremo de desesperación, mas bien que por un llamamiento de piedad, vuelve su corazón al altar, y se arrodilla invocando el auxilio de la protección divina... la ayuda que en aquel instante implora, no es de cierto en favor de sí misma, sino en demanda del hombre de su amor. Sin él no tiene ojos para leer en las inspiraciones de su propia conciencia; sin él no tiene medios para explicar á las personas que la rodean las determinaciones de su voluntad; sin él no se siente con fuerzas de resignarse á la fatalidad del destino ni de confiarse religiosa á la bondad del cielo.

No hay sin él en su memoria devastada ni en su imaginación desprovista, mas que aquella última tristísima palabra, que ahora resuena en sus oídos como el grito postrimero de un moribundo que profetiza calamidades ó castigos: *Si yo no estuviese para guiarte, estaré allí el claustro para recibirte, y no lejos el abismo en que sepultarte...* ¡Ay! Hubo todavía un momento de infernal tentación, de flaqueza y de último alucinamiento de desesperación, en que estas palabras no ha mucho escuchadas como de horrendo sarcasmo al destino, y como de arrogante desafío al infierno, le parecían una institución luminosa de verdad, una inspiración definitiva de conducta, y sobre todo, en el angustioso trance de tanta perplejidad y agonía, un rayo vivísimo de luz de consoladora esperanza...

Y era que aquellas palabras las pronunciaba todavía Javier; era que su espíritu aun no pedía á Dios la protección de su gracia; era que la atribulada mujer aun no reconocía la voluntad del cielo, á quien vivamente imploraba, sino en cuanto pronunciaba sus decretos aquellos labios, que eran ahora mas que nunca la voz de la divinidad que reinaba en su alma, que abarcaba su mundo, que llenaba su templo...

Su actitud entre tanto, no puede ser por mucho tiempo la irresolución... Cuando se niega á Dios la obediencia, luego al punto se cae bajo la desapertada fuerza de la necesidad. Sofía era árbitra, no señora, de su situación... Todo en derredor de ella está pendiente de sus ojos, pero nada de sus preceptos...

Los preparativos de una misa solemne comienzan; las velas del altar se han encendido, los santos rituales y los sagrados vasos se han colocado, las religiosas empiezan á media voz su remiso canto. Irene hace suspirar el órgano con dulces melodías, y de cuando en cuando asoma la cabeza desde su tribuna para enviar á su amiga una mirada de bendición ó una inspiración de fortaleza...

Enrique se coloca al lado, si bien algo distante de Sofía, como quien para acercarse espera ser llamado... pero Javier no se presenta... el terror de Sofía llega en aquel instante á su colmo... las fuerzas de luchar y de sufrir están ya exhaustas y aniquiladas; ya no convulsa, desprovista; ya se rinde quebrantada; no es ya la zozobra de la incertidumbre ni el terror de la desesperación; es el dolor común de la mujer que desfallece...

Ya llora... ya cede... ya está pronta á obedecer... pero en el desamparo de soledad de su alma, ¿quién hay en torno suyo que la pueda mandar?... El altar está allí sobre su frente... la cruz está allí delante de sus ojos... las tumbas son las losas mismas que cubre la tarima en que se hincan sus rodillas... pero ¿donde está el hombre que sabe sus juramentos?... ¿Donde está el hombre que á la sombra de aquel altar, á los pies de aquella cruz y sobre las piedras de aquellas tumbas, le pueda pedir cuenta de los votos en su nombre consagrados, y demandarle la obligación de dárselos cumplidos?...

Aquel hombre no viene... y no importa que estén con ella su imagen y su memoria... Su memoria no le trae el recuerdo de sus promesas... Que venga él; que las pronuncie y las cumplirá... Aquel hombre repetiría aquellas palabras y serían obedecidas... su espectro le decía otras... El pondría sus miradas en el altar, sus manos en la cruz, y le haría oír el acento de un sepulcro: su memoria le trae el eco de una fiesta profana,

el recuerdo de caricias criminales, de esperanzas maldecidas, de alucinaciones execradas... Javier, cuando está delante de ella habla de Dios y del cielo y de la virtud, y del martirio de los santos, y de la gloria de los ángeles... Su espectro solo le presenta la imagen infernal de los placeres, los acentos blasfemos del delirio y los recuerdos sacrílegos de esperanzas y deseos, que son en el mundo crimen, depravación y desventura; que son todavía mas, en aquel sagrado recinto, maldición y anatema... ¡Que huya de su imaginación el fantasma infernal que la condena! ¡Que se le presente delante la realidad del hombre que la salve y la bendiga!...

Pero en vano revuelve por todas partes, entre llorosos y ferales, los desencajados ojos, mirando desatentada por donde aquel hombre pudiera parecer, aunque fuese por las puertas del tabernáculo... Javier no viene... y la hora suena... y la campana toca... y las trompas del órgano vuelven á gemir... Y el sacrificio empieza... y el incienso humea... y el sacerdote sale de la sacristía revestido de los ornamentos sagrados...

Y en aquel mismo instante un agudísimo grito ha resonado en la tribuna del coro, donde Irene ha caído, como traspasado el corazón por una daga... y en el mismo instante Sofía, que tenía clavada su vista en el altar, ha huido prosternada la frente contra el reclinatorio de su tarima... porque sin duda ha herido sus ojos una visión del otro mundo... porque al parecer los serafines dorados del tabernáculo han desplegado sus alas, y descendido en carne mortal á los pies del santuario... porque tal vez la sacra efigie de la Virgen ha tendido los brazos á Sofía desde su camarín entapizado... porque á los pies de aquel altar acaba de verificarse un prodigio y de revelarse un arcano...

Porque aquel sacerdote que ha salido de la sacristía, adelantándose lenta, severa y solemnemente hasta las gradas del presbiterio... aquel sacerdote venerable, austero, majestuoso y envejecido, que cruzando por delante del coro ha dirigido una mirada de reverencia á sus tribunas y un saludo de bendición á los fieles arrodillados en la nave... aquel sacerdote es Javier...

Todo está dicho... Todo está revelado... Pero en aquel instante todo se ha interrumpido... Al grito pavoroso de Irene han callado los cantos y se ha suspendido la ceremonia... Sofía se ha alzado en pie, en medio de la concurrencia, pálida, rígida, inmóvil, marmórea, paseando una mirada del altar á la tribuna. El sacerdote ha tomado asiento en un escaño de terciopelo del presbiterio, leyendo en el ritual de las santas plegarias, como quien espera que la solemnidad vuelva á empezar... Enrique ha acudido á asistir á Sofía, á la cual parece que el grito del coro ha sobrecogido de espanto y petrificado de terror... Ella, entre tanto, no parece desmayada ni abatida; no dice una palabra de amargura, no hace un gesto de sorpresa, no exhala un gemido de dolor.

Taladrados sus oídos con el grito mortal de Irene, clavados sus ojos en aquella aparición sobrehumana, al levantarse sobre la tarima donde la primera sorpresa de tan alto portento la había derribado, se había también elevado y erguido sobre las cosas y las emociones de la tierra... También pertenecía ya al mundo de las visiones á la región de los prodigios, á la esfera de los iluminados espíritus... La fortaleza resplandece en su frente... la majestad de la celeste inspiración domina en su ademán... Ha tomado una resolución y no hallará obstáculo á su cumplimiento...

Ha dado sus órdenes y es obedecida... Manda que se le abran las puertas que dan al coro bajo del convento, y aquellas puertas se le franquean. Anuncia que corre á prestar sus auxilios á Irene y todos la acompañan hasta los santos umbrales...

Al penetrar por las erizadas verjas se ha vuelto á Enrique y le ha dicho con acento de resolución determinada:

— Espera... esperad...

Se ha acercado al paso á Javier y ha murmurado con voz solo de él oída.

— Espere Vd., celebrará Vd. el oficio de mi clausura...

El sacerdote respondió con voz clara y de todos perceptible:

— Aquí esperaré, señora, rogando á Dios que usted tranquila y la religiosa recobrada, puedan bendecir con su asistencia la solemnidad de una MISA NUEVA.

VII.

Cuando Sofía hubo penetrado en el monasterio, fué conducida al salón donde se celebraban las reuniones capitulares. Allí, por su proximidad al coro había sido transportada Irene, en el terror producido por su mortal desmayo. Las religiosas que recelaban siempre una crisis fatal de su enfermedad, creyeron llegado el final instante de su santa compañera. Rodeada de cuidados y oraciones y colocada en el ancho sillón prioral, cuando volvió del parasismo que había eclipsado la luz de sus ojos, su primer movimiento fué para besar las manos á la superiora con blanda sonrisa de gratitud, y su primera palabra, para tranquilizar á sus hermanas acerca del peligro de su vida, pidiéndoles humildísimo perdón de haber turbado su ánimo y su culto, no habiendo sabido resistir el agudísimo dolor que le había arrancado aquel grito, y que la había hecho desfallecer en pasajera congoja.

Entraba en aquel momento Sofía, y postrándose primero á sus plantas, se arrojó en seguida en sus brazos, que se le abrieron con vivísima pero silenciosa ansiedad. Aquellas dos criaturas atormentadas tenían necesidad de estrechar sus corazones, pero Dios no concedió entonces á sus ojos el beneficio de las lágrimas. Pudieron aceptarse mudamente sus consuelos, pero estaban muy lejos todavía de comprenderse en sus dolores...

Lo que comprendió desde luego Irene, fué que la ceremonia de la iglesia se había interrumpido por su accidente, y rogó vivamente á su amiga que volviera al templo para que se continuara. Pero á una insinuación muda de Sofía, en el instante entendida y aceptada, Irene rogó á la comunidad que, esperándolas en el coro, las dejaran por breve momento solas.

Sofía entonces grave, seria y triste pero serena; sin sollozos ni lágrimas, sin ternura, pero con actitud de modestia y con recogimiento de autoridad, se postró de nuevo á las plantas de la religiosa y en tono de humilde y penitente ruego.

— Sí, Irene, le dijo, que la ceremonia de la iglesia prosiga... y que Dios que va á bendecir en sus altares un nuevo sacerdocio consagre dentro de estas rejas una nueva penitencia... Al entrar por sus puertas he anunciado que no las volvería á atravesar... no me esperen... Tu penetrante grito fué á tiempo el silbo del pastor amoroso á la oveja que se derrumba... héme aquí resguardada para siempre en el santo aprisco... No serás tú, Irene, quien me deseche... En el mundo no queda lugar para mí... Que el claustro me sepulte... que el manto de la Virgen Santa me cubra... que tu brazo me retenga y apoye...

¡Irene!... Ya sé que no puedo pronunciar votos eternos... No me es dado por la regla santa, no me lo permitiría yo, tan indigna, tan culpada... Pero yo haré el santo aprendizaje de la religión... Lo haré con la mas penitente vida ó con una anticipada muerte... No vengo á que Dios me reciba despechada... sino á que llegue un día que no me deseche arrepentida... No es hoy á sus pies donde busco amparo... Es á los tuyos... Si hoy no debo á la gracia la seguridad de una vocación sincera, deja que venga á alcanzarla de tu enseñanza y con tu ejemplo... No me arrojeis de aquí porque no haya venido por mi propio pie traída... Si como derribada por un precipicio caigo en estos claustros, que no me nieguen sus muros, Irene, lo que no me negaría un abismo... la piedad de sepultarme en su seno... Ten bastante caridad para no volverme al mundo... no me queda en él esperanza de vida, que no sea crimen, ni medio para la muerte, que no conduzca al infierno... Al salir de estos umbrales, no hay otro amparo mí que los abismos del mar ó los precipicios del río... que vaya á acusarme de un delito en la cárcel de los delincuentes, ó que mi frenesí me haga encerrar en un hospital de furiosos... Irene... Irene... no dejes á tu hija desventurada entre los criminales... ni entre los dementes... ni con las suicidas...

Irene, que había estado contemplando á Sofía con una mirada honda, fija y seca, en la cual los ojos humanos difícilmente podrían distinguir una compasión infinita de una severidad desesperada, atajó sus palabras diciéndola con imperio:

— ¿Y por qué no acudes ahora mismo á ocupar el puesto que te espera y que te corresponde, entre las esposas honradas y las madres bendecidas?...

Quedóse mirando Sofía á la religiosa con ojos de maravillada sorpresa, cual si, bajo la afectación de no comprender la situación de su alma, quisiera descubrir un profundo misterio; pero estrellándose su intención contra las sombras impenetrables de aquella lúgubre fisiónomía, se limitó á replicar con la misma severidad:

— Entre las adúlteras, querrás decir... ¿Y lo querrás mandar tú?...

— ¿Entre las adúlteras? reposo con mayor energía la religiosa... ¿Prefieres tú contarte entre las sacrílegas?...

El acento de esta frase petrificó á Sofía, la cual, hundiéndose casi su frente bajo el escapulario de Irene, con tono apagado de honda amargura y de fervoroso ruego,

— No, Irene, no, clamaba... entre las arrepentidas, entre las penitentes, entre las que esperan en Dios, entre las que libran en él su rescate... No pronuncies esa palabra que me aterra... no confundas un nombre que doy á una situación del alma, que no me es dado consentir, con la esperanza del remedio que vengo á implorar... Yo no pido al claustro el abrigo material de la existencia... yo no tengo que huir de una condición de deshonra ó de infamia... Aquí vengo á buscar para mi espíritu una paz que no tienen los desiertos... vengo á merecer para mi alma un esposo á quien pueda amar mas que á un hombre... Yo tengo bastante virtud para no ser adúltera... Vengo á pedir aquí al cielo la gracia de no ser sacrílega... Lo que hago hoy, Irene, te responde de lo que haré mañana... La mujer que no se atreve á dar la mano á un esposo, por no llevarle un pensamiento ni una memoria, puede responderte que sin la seguridad de haber sofocado un sentimiento del mundo, no consagrará su corazón á Dios... Para aceptar mi alma, la querrá pura... para que le dé mi vida, aniquilará mi amor...

— ¿Y ha aniquilado el mío por ventura?... replicó Irene con acento de una dureza tan feroz, pudiera decirse tan impía, que la jóven se estremeció en las fibras mas hondas de su corazón, y el frío del espanto penetró hasta la médula de sus huesos.

— ¿El tuyo... Irene... el tuyo?... exclamó Sofía, alzándose á mirarla con aterrada frente...

— Sí, el mío, Sofía, el mío, respondió Irene, chispeando sus ojos como las últimas llamaradas de una an-



EL SITIO DE PARIS. — Ambulancia u hospital de sangre en la iglesia de la Trinidad.

torcha que se extingue, y contrastando su monótono acento con el ímpetu primero de su palabra... Sí, el mío; mi amor inmortal, inextinguible, sacrilego, impenitente... El mío... Yo no tengo derecho para que seas conmigo indulgente... por eso puedo ser severa... Si te consiento á mis pies es porque puedo hincarme delante de los tuyos... Yo no soy la desposada de Cristo... no soy mas que la mísera repudiada del siglo... Traje conmigo la maldición de la sociedad, la sangre y las lágrimas de muchas víctimas y la memoria de un hombre... Un hombre á quien seduje un tiempo apasionada, y agravié voluble, y lastimé orgullosa, y torné criminal y homicida, y lancé sobre el mundo despechado, instrumento de venganza y verdugo de la cólera divina... Pero al mundo le he pagado, y el mundo me olvida ó me perdona... la venganza de mis víctimas se aplaca... algunas me bendicen y algunas me aman... por la vida que corté, ofrecí mil vidas salvadas... El hombre que amé me santifica... ¡Solo la pasión no me abandona!... Vivo en la expiación... Me muero en el arrepentimiento... pero no he merecido á Dios el olvido... Tantos años de penitencia no han podido ser la consagración de mi vida... no son mas que el lento martirio de una indefinida muerte... ¿Y crees tú alcanzar lo que me ha sido negado? ¿Crees tú que con un año de soledad y de oración y de llanto descubrirá tu esfuerzo ese tesoro, que esta mujer de corazón atlético y de tanto espíritu como Luzbel antes de su caída, no ha podido encontrar, después de cavar diez años, no la sepultura de su crimen, no, sino en todas las minas de dolor y en todos los manantiales de lágrimas, con que se puede enterrar, lavada y redimida una pasión... Ven conmigo...

Y se levantó, diciendo así, con todo el vigor de una organización hercúlea, desplegando sus brazos, sacando el pecho, adelantando el paso y moviendo aquella armazón descarnada con su andar de diosa, ó como un espíritu sobrehumano que hubiera animado el esqueleto de un cementerio, levantándole envuelto en su mortaja...

— Ven conmigo... repitió, y llevó á Sofía como arrebatada, y abrió una puerta á su espalda, y se precipitó por un corredor hasta su celda; y allí, penetrando en la recámara de su gabinete, se dejó caer con la despavorida joven á los pies de un gran cuadro colgado en el fondo, y que representaba á San Francisco Javier...

— Mira, le dijo entonces, señalándole el pintado lienzo. Mira, y compadéceme... tu penitencia sería como mi devoción.

Miró Sofía, y á través de aquella oscuridad que le velaba, reconoció la figura y actitud del santo, vestido con el ropón del misionero, con el crucifijo en una mano, en la otra el libro de la doctrina evangélica... Pero en tanto que sus ojos buscaban con sorpresa la significación de aquel misterio en el exámen de la devota pintura,

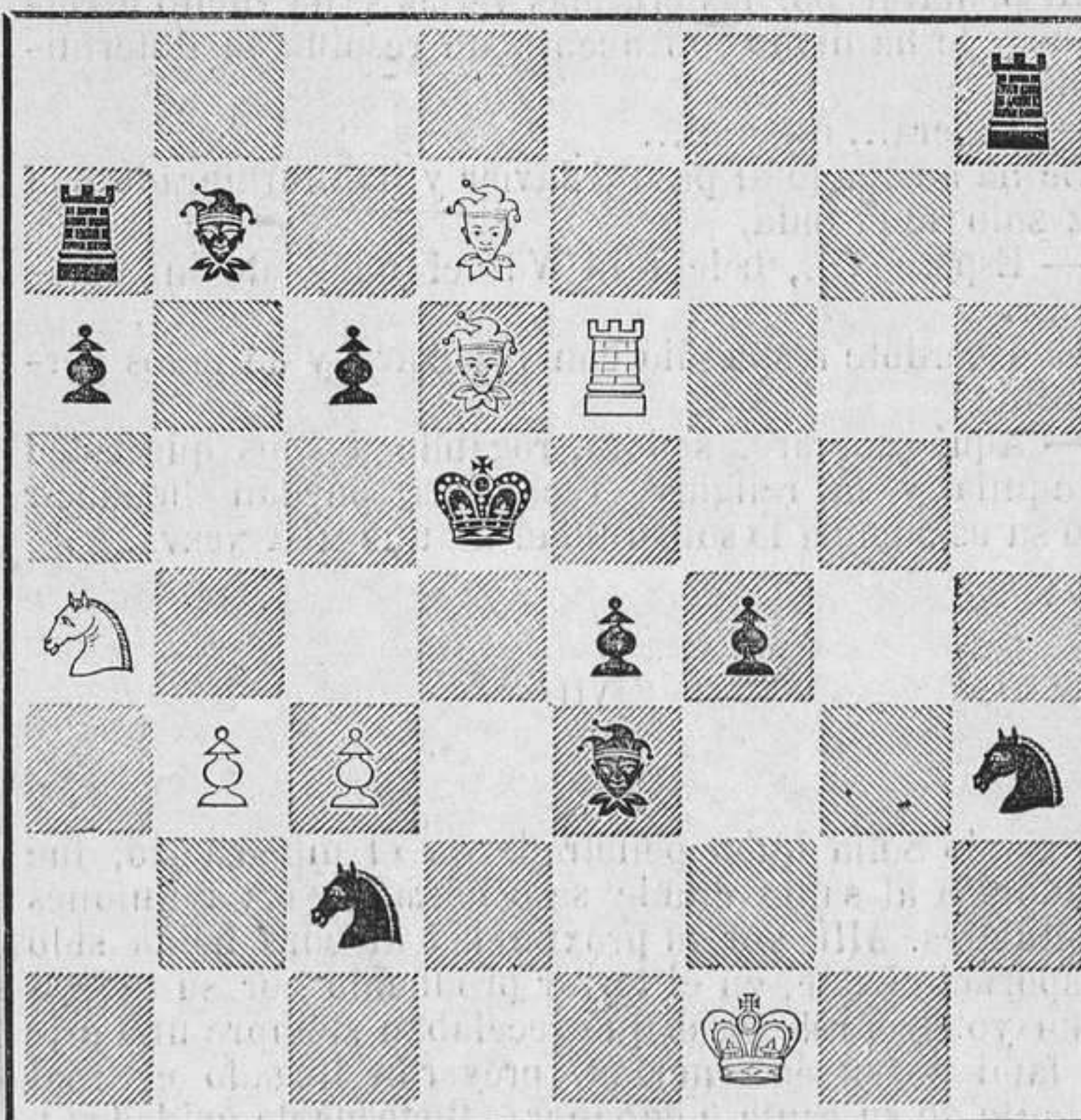
Problemas de ajedrez.

Solución del número 328

- 1 P 3ª ARª T toma A mejor.
- 2 Ra 4ª CRª ?
- 3 P 8ª AC Jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 329, POR M. J. R. DE BRIDPORT

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables,

X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

Irene había corrido á abrir una alta ventana fronterá al cuadro, cuya luz vino á iluminar de lleno el rostro oscuro de la venerada efigie... En este momento, aquel alarido de puñalada aguda que había lanzado Irene, viendo á Javier revestido ante las gradas del altar, es el mismo que se escapa, agudísimo y penetrante, de los labios y del corazón de Sofía, reconociendo el idéntico retrato del hombre de su pasión bajo las apariencias del apóstol...

Todos los rayos del cielo habían estallado sobre aquella frente, que, doblada sobre el pecho, cayó duramente prosternada contra el entallado marco de la pintada tela... Eran, sin embargo, rayos de luz para sus ojos... Todo lo había comprendido... todo lo había visto en lo pasado... tal vez en lo porvenir...

Irene en tanto, corriendo á arrodillarse de nuevo á su lado, levantando blandamente con sus manos la derribada cabeza de su amiga, cogiéndola toda entre sus largos brazos, arrojándola á su pecho, como pudiera una madre estrechar á una hija aterida de frío, aplicó su boca contra sus mejillas, y casi sobre su oído, con el acento sigiloso y apenas perceptible de un secreto de gravísimo peligro ó de inmensa vergüenza.

— Ahora, hija mía, murmuró, dime si crees que yo estoy redimida y purificada... Dime ahora si bastarán estos muros para tu salvación... Dime ahora si yo he debido padecer... Si yo he podido gritar... Dime si yo pude no caer despavorida, viendo la realidad de lo que había retratado en profética pintura... Dime si no tenía razón para seguirle á él, y seguirle á tí después, en la noche funesta de tu primer encuentro... Y dime ahora, hija mía, si yo te puedo retener... si puedes tú venir á olvidar tus penas en la compañía de la mujer, causa de todas tus desgracias... Dime lo que puedes esperar de tener á tu lado una rival de tus memorias y lágrimas, y de traer á mi presencia el remordimiento vivo de la mas querida de mis víctimas... Dime si no estaré mas cerca del perdón, viéndote salvada y dichosa, que cuando me puedas acusar de tantas almas perdidas, de tantas vidas atormentadas, tú... la mas desdichada porque eres la mas inocente... Reconoce y acata la justicia de Dios, que no ha permitido que haya para mí remisión ni remedio; pero dime si podras tú venir á hacer por él mas de lo que yo he hecho por él y por tí... Dime, hija mía, si no crees que yo haré bastante penitencia por tí y por mí en el claustro, y si no la harás tú mas eficaz por mí en el mundo...

Espiró en sus labios el remiso acento de Irene, y Sofía por respuesta estampó en ellos amorosamente los suyos... Llevólos en seguida á su frente, que tenía cogida en sus manos; volvió á imprimir en ella el ósculo de la reverencia, de la paz, del perdón...

(Se continuará.)